DP
41
.07
1887
SMC

UNIVERSITY OF ST. MICHAEL'S COLLEGE
3 1761 01959724 4

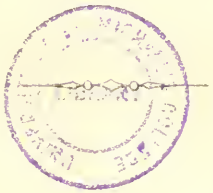
MARES Y MONTAÑAS.

649

J. ORTEGA MUNILLA.

MARES Y MONTAÑAS.

VIGO.—SAN SEBASTIÁN.—PANTICOSA.
LINARES.
LOS PIRINEOS.—BILBAO.



MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1887

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

VIGO.

EN MARCHA.

Vigo, Agosto 1.°

¿Quién se decide á emprender conmigo una curiosa caminata? Os propongo que me sigáis en ideales viajes por algunos pueblos de característica fisonomía.

Es un viaje cómodo, puesto que podéis hacerle sin moveros de vuestros asientos.

En marcha pues: ya que tengo vuestro permiso, os prepararé en breve tiempo el tren en que hemos de hacer el viaje. Ved cómo humea la locomotora de mi buen deseo; ved cómo sobre los rails de vuestra be-

nevolencia se forman en fila los vagones. ¡Ea, adelante! El vapor silba en la caldera, ya está abierto el regulador y la fuerza impulsiva se lanza potente por la caja de los pistones. El acero cruje, la inercia es vencida, giran las ruedas... Vemos pasar á nuestro lado en fantástico desfile los árboles y los palos del telégrafo. Los sembrados con sus surcos paralelos parecen girar sobre sí mismos, aldeas y caseríos huyen detrás de nuestra vista, como escamoteados por el gran mágico que se llama distancia.

¿Adónde vamos? A aquel país donde la poesía y la desgracia viven juntas; al de las mansas costas, al de los bosques de pinos y robledales, á aquel donde los riscos y los setos resuenan con las melodías de la gaita, al país de las rías, á Galicia, y á la más hermosa parte de él: á la provincia de Pontevedra.

Obra mimada por el gran artista es esta costa. Parece que los furores del Océano que vienen llenos de poder á descargar sobre esta

punta de Europa, encuéntranse detenidos y dominados por un rosario de pedruzcos que cortan las olas y suavizan los empujes del viento.

Lo que el freno para el potro bravo, son estos rosarios en que las tempestades rezan su espantoso trisagio, mordiéndolos iracundas y cubriéndolos de espuma. El continente se rasga en cinco hendiduras que dejan paso al agua, formando las cinco rías de Pontevedra. Dice el vulgo que estas cinco rías son la huella de una mano de Dios que, puesta sobre la comarca gallega, la colmó de hermosura y de esplendores.

De estas cinco rías, las más notables y hermosas son: la de Vigo, la de Pontevedra, y la de Arosa. Montes cubiertos de pinos, helechos, castaños y vides, sirven de cáuce á las aguas del mar. Miles y miles de blancos caseríos esparcidos por todas partes, como si desde el cielo las hubieran tirado á voleo, á la manera como siembra los trigos el labrador y sus bienes la loca fortuna,

animan el paisaje. Las tres rías nombradas son el edén del navegante que acude á ellas como el hijo á los brazos de la madre. No teme escollos traidores, ni vientos inesperados. Deja caer su pesada ancla y goza de las dichas de la calma.

* * *

Es uno de esos días de supremo reposo que parecen dispuestos por la naturaleza para dedicarse á las obras más delicadas y difíciles. El viento duerme, la mar descansa, y el quietismo de la naturaleza domina al hombre. Siento que mi pluma se enreda en hilos invisibles que hacen doblemente penosa la faena de dibujar en el papel este arabesco negro de la escritura. Ahora es sin duda, cuando el gusano monta en el rosal japonés su fábrica de filástica y tejidos; ahora es cuando el polípero crece y agita en la fluctuación del agua salada, sus millones

de tentáculos no perceptibles y eleva desde el fondo del mar á los cielos sus alcázares de rojo coral; ahora es cuando el silfo se cuelga del hilo dorado y se balancea como el grumete se columpia agarrado al cabo de un cable... Triste es que el hombre no pueda encontrar en sus artes algo más fino que todo eso para contribuir á la delicadeza de la obra de estos días de calma en que el fruto se sazona, la flor asoma, y el corazón arde en el suave fuego de las inspiraciones amorosas. Resignémonos al único papel que le queda al hombre cuando «el cielo se deshace en rayos de oro», y la «tierra se estremece alborozada»: el papel de admirador de la sublime armonía de la naturaleza.

***

La ría de Vigo me enseña sus hondos senos, y frente á mí se levanta el pueblo de Cangas, donde se cultivan las artes de la

pesca. Hé aquí el prototipo del pueblo pescador de Galicia. Describiéndole, tenemos descrito á la mayor parte de los otros pueblos de la misma categoría. La única calle que merece el nombre de tal, es una fila de casas cuya vecindad es la mar. Frente á ella se ven las barquías de pesca, las gabarras transporte, alguna lancha de paseo de tal cual señor aficionado á marear recreándose en estas amorosas y pacíficas ondas. No se descubren hermosos edificios, sino pobres casuchas cuyas fachadas feas y denegridas del batir del Noroeste y de las lluvias otoñales, están casi del todo cubiertas por trajes de pescar puestos al sol, por carne de pulpo en conserva que se seca y amojama entre las emanaciones de la mar y el soplo del viento. Chiquillos en guiñapes ó desnudos juegan con los piés medio hundidos en las tierras bajas y mojadas de la marea, buscando conchas y amontonando algas que han de servir para abonar los rastrojos de sembrados. Un grupo de pescadores avía un lanchón

negro y bisunto de brea que ha de servir para la próxima pescata. Otros hombres remiendan una red, zurciendo los rotos que la han inutilizado. Alguna gaviota pasa volando...

***

El campo que desde aquí se descubre es deleitable y lleno de varios contrastes. El pino de negra y altiva copa se eleva hasta las nubes: hay inmensos bosques de ellos. Su efecto en la perspectiva es severo y majestuoso. Sus troncos forman interminables columnatas que se pierden de vista. La sombra oscura de los corros de castaños hace resaltar más el color áureo de los cuadros de maizales. Esta planta crece hasta sobrepasar en dos veces la estatura de un hombre muy alto. El maíz da sus hojas de figura de hoja de espada romana y unas mazorcas doradas, entre cuyos apretados granos crece un filamento rubio que se diría lino teñido.

El maíz es la granada amarilla. Molido su grano, amasado y cocido produce el pan del país llamado *borona* mucho más flojo que el del trigo, pero más barato, es decir, más asequible á las necesidades del pobre. Las vides no se arrastran por el suelo como en Castilla, sino que están sostenidas en un encañado á metro y medio de la tierra. Así crecen con mayor lozanía; las hojas se ensanchan y amarillean sin podrirse; los racimos de uvas se repletan, se colorean delicadamente y cada grano se hincha de jugo, su piel se adelgaza y dentro se azucara el líquido encerrado en la frágil y sabrosa vasijilla vegetal. Deliciosas píldoras de Baco. Cada racimo de ellas es una taberna para los insectos y los pájaros que perforan la piel con sus garras, sus picos y sus mandíbulas, decididos á tomar una borrachera á la sombra del emparrado.

La casa de labor es por lo común pequeña. Por no caber dentro pueden verse ante el portón los yugos, los arados, la carreta

triangular cuyas ruedas son dos círculos de madera sin llantaje, los azadones y picos, las rejas, etc., etc. Cientos de gallinas picotean delante de la casa. Son uno de los grandes rendimientos del hogar campesino gallego. En esta tierra tan fecunda se alimenta el averío por sí mismo. Bajo los helechos que cubren el suelo hierve muchedumbre de insectos que al ser devorados por la gallina se convierten en carne suave y alimenticia. De los árboles de fruto caen miles de cerezas, de albérchigos, de peras, que son pasto de aquel pueblo gallináceo. Y si la estación es mala y la fruta escasea, el gallinero es transportado á la orilla del mar, y allí entre la arena mojada, que la voracísima gallinácea salpica de las estrellas que marcan sus largos tarsos, encuentra cangrejos, almejas, conchas y otros moluscos que la sostienen y la dan un sabor suculento y delicioso.

Un detalle del hogar gallego campesino es el hórreo; detalle importantísimo y pin-

toresco. El hórreo es el tesoro, el banco de los granos, la caja de ahorros de los cereales, el arca familiar. Allí guardan sus cosechas esperando una ocasión de venta para el producto de sus afanes. El hórreo es de madera de roble y no está en el suelo, sino sobre pilares de granito. Aquellas cajitas finamente labradas, recuerdan un paisaje de China, tal y como nos los pintan en los abanicos y biombos de aquel remoto país.

*
* *

Una gaita suena, un tamboril repica. Es que va á empezar la fiesta, una romería. Ved cómo la gente acude, ved como... Pero no. Guardemos para la próxima carta lo que de nuevo, de pintoresco y de curioso nos ofrece una romería en el campo de Pontevedra.

UNA ROMERIA.

Vigo, Agosto 17.

EL VIAJE.

Por encima de un cerro cubierto de varia y pomposa vegetación, se destaca un blanco edificio de humilde aspecto. Rodéanle gallardetes y banderolas, que flamean en el viento Norte, que sopla sin cesar. De cuando en cuando, una docena de cohetes sube por la atmósfera y alguna ruidosa bomba estalla y retumba en el espacio. Hoy es la fiesta de la Virgen de la Guía, y en el bosque de robles que cubre el

cerro en torno de la ermita se celebra una romería. Vamos, vamos allá... El camino sigue la orilla del mar y el panorama se extiende á la derecha en ondulaciones suaves, todo lleno de castaños, de pinos, de maizales, de vides, y animado por las blancas casitas esparcidas entre lo verde, como si el pueblo se hubiese dividido y separado en un día de disturbio arquitectónico, yéndose cada edificio á ocupar el paraje que más le agradaba. En esto de la situación de las casas hay maravillas de poesía. Unas se esconden entre los árboles y apenas si dejan al descubierto su tejadillo, como diciendo al caminante: «Estoy aquí, pero no quiero que me veas.» Ya se reunen en amistoso grupo, apoyando sus viejos muros unos en otros. Delante de éste se levanta sobre pilares de piedra el hórreo del maíz, construído de roble, labrado y guarnecido de metal como una caja de guardajoyas. Estos hórreos que hay delante de cada casa, parecen pequeñas naves ancladas en la espectativa de una marea alta y

destinadas á salvar de un diluvio el tesoro del pobre labrador. Vamos por la carretera de Pontevedra en carruaje; pero bien pronto es preciso echar pié á tierra, y entonces se nos ofrece á la izquierda un sendero que serpea entre altísimos maizales, cuyos cogollos y mazorcas enseñan los flecos de oro de sus frutos, que parecen el copo de nieve de las ninfas abandonado en un momento de cansancio. Una procesión no interrumpida de gente va y viene por este sendero. A lo lejos, en lo más alto, bajo las sombras del robledal truena una charanga y silva y murmura una gaita.

A ambos lados de la senda se exhiben á la caridad las obras maestras de la mendicidad, que son grandes equivocaciones de la Naturaleza: cojos, mancos, tullidos, lisiados, ciegos, perláticos, raquíticos y otras distintas categorías de la deformidad humana. Hablan, rezan, cantan, piden, exorzizan, saludan, alargan la mano pedigüeña, el muslo cortado, el muñón sin dedos, la

pierna llagada... Conviene hacer constar que he visto muy pocos pobres en las calles de Vigo, lo cual habla en honor de la organización social de un pueblo, donde la propiedad y el trabajo dan á todos lo que necesitan para vivir. Pero estos pobres de las romerías, forman un cortejo de dolor y de vicio, de sainete y elegía, que va á todas las romerías tentando á la par á la caridad y á la risa, y están tan dentro de la obra cristiana de San Vicente de Paul, como de la obra cómica de Molière.

BACO Y COMPAÑÍA.

Hemos hecho el primer alto en un repliegue del bosque donde empieza la romería. Allí hemos visto un cuadro que luego se repite en toda la extensión del cerro. A la sombra de unos robles hay una carreta de bueyes de forma triangular, de ruedas hechas de dos redondeles de madera, y en ella está su-

jeto por cuerdas un tonel de vino. Delante, sobre una mesilla, vése hasta dos docenas de escudillas de blanca loza, como de un cuartillo de capacidad. No lejos un gaitero infla el pellejo de la gaita, un tamborilero repiquetea con los palillos sobre el parche y un bombo descarga de minuto en minuto sus ensordecedoras detonaciones. Cubre aquel rústico altar de la embriaguez y el baile una vela de un barco, cuyos rizos sueltos oscilan sobre las cabezas de los bebedores. Grupos de romeros rodean el tonel. Los hombres y las mujeres se obsequian con vino; circulan las escudillas llenas del negro liquido, anímanse los rostros, y en las gruesas mejillas de ellas, comparables á las de las sanas mujeres de Rubens, asoma un punto de rojizo fulgor que delata el hervor de una sangre vigorosa, fácilmente inflamable al contacto del alcohol. Suena la gaita, repica el tambor, zumba el bombo, y la *muñeira* clásica desenvuelve en el aire sus arabescas melodías, todas llenas de suspiros,

de ayes, de impresiones tristes. El baile empieza pausada y solemnemente: las mujeres llevan la vista puesta en el suelo, siguiendo con atención los movimientos de los piés de los danzarines; las vueltas, giros y mudanzas se suceden una y otra vez indefinidamente. La gente joven—me decía un ilustrado vigués que me acompañaba—va perdiendo las tradiciones del baile regional. Vea usted: ese viejo, de patillas canas, baila la *muñeira* tal y como la bailaban los antiguos. Fíjese usted en los movimientos de las manos, que parecen invitar á su pareja á la danza, y en las figuras que traza con los piés, cada una de las cuales tiene un nombre y una significación.

Incapaz por mi parte de escribir la psicología de la muñeira, advertí, sin embargo, que la gente moza no baila la *muñeira*, sino habaneras, y que aquí, como en todas partes, va á realizarse el sueño de los cosmopolitas: que todos los hombres bailen y hablen lo mismo. Tal vez asistimos á las úl-

timas *muñeiras*, á los últimos *zortzicos*, á las postreras *sardanas*, y nos espere con el idioma universal, que hará palpitar en los labios de todos los hombres las mismas palabras, el baile universal, que hará describir á todos los piés las mismas piruetas.

LA GUÍA.

La ermita está en lo más alto. Es pequeña, baja de techo, blanqueada por dentro y por fuera. Sostiénela la devoción de los marinos, que llena de exvotos el reducido santuario. Vense allí suspendidos de la techumbre navíos de corcho, barcas minúsculas, cuadros, ataudes, trenzas de pelo y otras varias ofrendas. Cuando las mujeres de los pescadores veían que no retornaba la barquía de sus maridos, iban á la ermita á mudar de sitio una de las tejas, y con esto y una oración era probado que mudaba el viento y se restituía á la atribulada familia

el jefe de ella, con buen cargamento de sardina.

Desde aquella altura se descubre uno de los espectáculos más hermosos que he visto en mi vida: la ría de Vigo en su mayor parte. A lo lejos las islas Cíes elevan sobre las ondas sus curvos espinazos de granito, y aquellos tres colosos de piedra son los guardianes de la ría. Viento huracanado, bravas olas, peligrosos furores del Océano, todo es detenido por las Cíes, que conservan á Vigo y á su ría en la paz y en la calma.

Después se extiende una anchurosa bahía. Donde acaba el agua empieza la vegetación. Los helechos mojan sus raíces en el agua de las altas mareas, los pinos se humedecen en los efluvios de la ola, los castaños se estremecen cuando el agua, y el mismo soplo que riza el mar conmueve los árboles.

Allá se descubre Cangas, con sus casas tendidas en la orilla; allá se ve la ensenadilla de Con, donde estuvo enterrado el cadáver de Méndez Núñez. Frente á Cangas

presenta Bouzas sus casas de pescadores, su playa de fina arena plateada, en la que siempre pueden verse las redes puestas á secar.

Vigo ostenta sus fuertes y elegantes casas de piedra, coronada de árboles y recostada en un marco de flores, como señora de la ría que pisa la alcatifa primaveral de la vegetación galáica. La costa traza una curva honda siempre coronada de caseríos y animada por los barcos y otros avíos de marear que la marea baja ha dejado en seco; y luego, debajo del Faro de Guía, se angosta, formando una garganta entre Randes y los Cobres. Aquí fué donde en la malhadada rota de los galeones, tendieron una cadena que impidiera á los barcos ingleses seguir la caza de nuestras embarcaciones llenas de oro.

Volved la espalda á las islas Cíes, girando sobre los talones, y un nuevo cuadro se desarrolla ante vuestra vista. La ría se prolonga ensanchándose hasta el lazareto de San Simón y Puente Sampayo.

La hermosura de lo que se descubre aminora el ánimo de quien pensase describirlo. Ni hay colores ni hay palabras para pintar y narrar lo que hay de grandioso, de bello, de poético, de delicado en este amoroso abrazo del mar y la tierra, en que ella luce sus galas y él su mansedumbre.

No puede tampoco darse idea del efecto que causa ver tanta casa desperdigada entre los cultivos y los bosques. Es una pléyade de edificios desparramada sobre la vegetación, como lo están en el azul piélago de las noches estivales las estrellas y las nebulosas.

PERFILES SUELTOS.

La romería ha aumentado en animación y en bullicio. Allí se descubre, entre el regocijado grupo de bebedores, el viejo marinero, todo arrugas y canas, cuyo rostro parece un pergamino secado al fuego y que luce en una oreja el anillo de cobre. A su

lado está la fornida labradora, con el rostro exuberante de salud y vida, y poco más allá una pareja de Licurgos de aldea, muy señores con sus trajes de paño negro y discutiendo un litigio de los que aquí son tan frecuentes. Una ciega, armada de un ronco violín y guiada por una muchacha, asoma entre los que beben su rostro negruzco y sin luz, y entona una copla alusiva á cualquiera de los circunstantes, á cuyo fin la ilustra la acompañante con advertencias respecto á las condiciones físicas de la persona.

La muchachuela canta la misma copla en castellano medianejo, y la ciega la repite en gallego. Alarga después la pandereta y recoge la limosna de calderilla. Rasca el violín y se van á otro grupo el Homero con faldas y la Esmeralda de Redondela. Un patrón de barca, fumando su pipa, que le llena de humo el rostro, sostenido por su sotabarba, habla con un cura de cualquier parroquia vecina... Ni faltan en el concurso veraneantes curiosos, *touristes* aficionados á estudiar

las costumbres, señorío vigués y muchachas bonitas y elegantes, que asisten debajo de sus sombrillas multicolores á las clásicas escenas del cerro de la Guía.

ENTRE DOS LUCES.

La sombra se va apoderando de las copas de los robles, y de la mar viene una brisa acre, fresquísima, perfumada con las emanaciones de la costa y los aromas de flores y frutas de aquel jardín inmenso, que tiene leguas y leguas de extensión. Las primeras estrellas se encienden. La romería queda sumida en la sombra y se dispersa. Escuchad los últimos sonidos de la gaita que se aleja, de los tamboriles que se desvanecen... Los romeros regresan á sus aldeas... El Faro de Guía ha encendido sus mecheros y gira ya sobre sus ejes, entablando con el mareante que viene un diálogo cuyo vocabulario son centellas luminosas.

Todo el paisaje parece animarse, como si por las venas que le nutren y hermosean corriesen raudales de alegría. Aquí suena un grito, allá otro, en la senda aquella que cruza los maíces más altos que hombres, óyese el *alalá* que pone término á una canción; en lo más lejano, el violín de un ciego preludia un aria popular. Disputas en este lado, coros que rugen en el otro, y los ecos de la charanga de alguna aldea vecina, que se va, completa la armonía de la fiesta que termina.

El vino ha hecho sus efectos. Obra suya son todos esos rumores que se alejan y se desvanecen. No es el vino de la pelea, no es la mixtura envenenada que tiene por escanciador al diablo y por historia un proceso.

Las libaciones de este flojo chacolí no hacen pensar en las rejas de un presidio, ni en las hojas amarillas de un proceso, sino en un paseo nocturno entre robles y pinos, en canciones y coros que despiertan los ecos, en un sueño tranquilo, sobre un jergón de maíz.

SINFONÍA PASTORAL.

Vigo, Agosto 27.

PRELUDIOS.

Los santos y advocaciones de la Virgen que han sido colocados en el mes de Agosto, son favorecidos desde tiempo inmemorial con fiestas populares en Galicia. Esta comarca hierve en romerías; hay siete cada semana, y de noche el luminoso serpear de un cohete en la atmósfera anuncia que, á un kilómetro, á una milla ó á una legua de Vigo, corre el vino en abundancia y suenan la gaita y el tamboril.

Todo el mes de Agosto se emplea en recreos campestres: las romerías dedicadas á los santos patronos de cada uno de los eremitorios, capillas, parroquias y términos. Copia de las antiguas costumbres paganas que inventaron divinidades para santificar cada rincón, cada esquina, cada seto y cada valle, la religión cristiana ha esparcido por toda Galicia cientos de piadosas memorias que se conmemoran en dia fijo, y por ser Agosto el mes de los mares serenos y el de las cosechas alzadas, en sus 31 días se alzan en la comarca galáica 31 altares. Miles de luces arden delante de las toscas imágenes bizantinas, legadas por los siglos de la fe á los modernos. Pero á decir verdad, la santificación del día es pretexto para que los resabios celtas de esta raza asomen y estallen como las burbujas en la sidra fermentada.

PANORAMA FLOREAL.

El sol que agosta los campos de las Castillas, que convierte á toda Andalucía en un inmenso rescoldo, deja verde y lozana la vegetación gallega. El helecho enseña á la luz solar sus siete lenguas verdes y cabecea con la brisa, abanicándola. Los castaños muestran por todas partes sus pomposas frondas y sus frutos cubiertos de espinas; son los erizos del reino vegetal y defienden la carne de las castañas, blanca y dura como los mofletes de las Driadas de estos bosques. Los *eucaliptus globulus*, crecen con un esplendor admirable en la atmósfera fecunda y prolífica de los montes vecinos al mar. Frondoso parasol el que forman las copas de los marítimos pinos. La magnolia y la camelia, que en otras regiones de España solo se desarrollan entre la tibia temperatura de la estufa y bajo los cristales del invernadero, prodúcense al aire libre y adquie-

ren apariencia arbórea. El jazmín cubre de florecillas níveas su copa y sus desmayados resalvos. La higuera duplica aquí sus hojas y sus frutos; hace aquellas más anchas, estos más dulces, y el tronco paterno de que se nutren aquel severo verdor y aquel melífluo gusto, doblemente fuerte y corpulento. Son gigantes que llevan en sus labios mieles.

Ved cómo el llano se encrespa, se alza y trepa para convertirse en montaña. Le sigue la vegetación, y los plantíos de parra tienden su manto de escarlata de arriba abajo. La parra no se cría aquí sobre el suelo, porque las extremadas humedades de la tierra, pudrirían el agraz, sin darle tiempo para convertirse en dulce uva. Altos rodrigones sostienen la parra. A veces el alto rodrigón es sustituído por columnatas de piedra, y entonces los hojas que fueron el primer traje de pudor del hombre, y el primer rasgo de coquetería de la mujer, y los pámpanos ácidos y retorcidos, y los racimos

prietos y de color de ámbar, forman dosel magnífico á los paseos del amor.

Todo el monte, toda Galicia aparece cortado en gigantesca escalera, en cada uno de cuyos amplísimos peldaños se detiene el agua llovediza que impide que los turbiones arrastren cuesta abajo la labor agrícola y las plantas. Abajo está el prado, en que pace placidísima y obesa raza bovina. Más arriba el maizal agita sus cogollas y luce sus mazorcas. En el escabel superior están los castaños, los perales, los albérchigos. Aun más arriba se cría la morera, la col enorme, la nabiza, las especies menudas de la horticultura, la habichuela, el yero y el guisante. Coronando el monte está el pinar, el lucidísimo escuadrón de pinos, entre cuyas lineales hojillas la luz se hila y difunde, se desmenuza y se quiebra, produciéndose una como pulverización solar. La parra no tiene sitio determinado: sube, baja, ondea, forma grecas, cenefas, borda, sombrea, y como señora que es de toda la tierra, ya se sube en

la cabeza de un risco, de igual modo que el vino, su hijo se sube á la cabeza de un magnate, ya parece despeñarse sobre sus rodrigones por abrupta pendiente.

¡Qué poemas de luz y sombra! ¡Qué juegos, qué maravillas, qué encajes, qué blondas hace, pinta y recorta la luz entre las hojas de tan varia vegetación!

CASAS Y SENDAS.

Tal es el escenario; tal la decoración. Pero no; aún falta un elemento de belleza que no puede olvidarse. Hablo del caserío que está desparramado por entre la vegetación. Hay hiladas de casas en los prados, como hay hiladas de estrellas en el cielo. Hay bandadas de tejadillos, de casuchas deliciosamente bellas en su miseria puestas en las laderas, como se ponen las gaviotas en los setos. Por la rompiente de un bosque aparece la torrecita de una iglesia. Los ca-

minos van dando vueltas en busca de cada casa, y los ensartan en un hilo blanco; de tal suerte es exacto este símil, que desde cualquier altura puede verse un enrevesado dibujo geométrico, un ir y venir de sendas que trazan todas las líneas imaginables y que producen en el viajero el error. Caminos hay que se hunden en la tierra como si fueran el comienzo de un subterráneo; pero no son sino caprichos del uso, que ha buscado cómodas sendas al abrigo del sol. ¡Qué misteriosas estas vías, coronadas de flores y arbustos, con sus paredes cubiertas de hidra, con su piso de tierra húmeda y blanda, que conserva avariciosa las huellas del que la atraviesa! Por ellas os encontráis alguna muchacha que va al mercado del pueblo vecino, llevando sobre la cabeza un redondo cesto lleno de peces que brillan bajo la luz crepuscular que se deja caer de lo alto á través de la vegetación lujuriosa y lozana; ó tal vez el prototipo de la matrona campesina de Galicia, redonda, obesa, reposada,

saludable, con sus grandes aretes colgando del gordozuelo lóbulo de la oreja; ó caballero en ruín caballejo al abogaduelo picapleitos de la aldea; ó el cura de la parroquia inmediata, obeso y saludable, reventando de gordo bajo la negra envoltura de su traje abadial.

ORGÍA EN LOS MAÍCES.

La romería ha comenzado. Si acertáramos á personificarla en algún personaje mitológico, tendríamos que recordar la Bacante, con sus cabellos mal ceñidos, sus ojos centelleantes en el amor del campo y con el hervor del vino, sentada á la oscura sombra de un roble, rodeada de atenienses *ephebos*, hermosos, juveniles, de piel moreno-rosácea, de un tinte en que se mezclan el del trigo candeal y el de las rosas. No se concibe tal fiesta sino á la sombra de estos bosques, en presencia de estas rías, bajo los res-

plandores de este sol y entre los perfumes embriagadores de este jardín.

De mañana es el movimiento muy grande. Van y vienen los mercaderes y ocupan sus puestos. En medio las gigantescas cubas de vino sobre carretas, que están reclamando los tigres de Baco para ser arrastradas; alrededor los que venden tortas, rosquillas, manzanas, cascajo, ostras pequeñas, llamadas *morrunchos*, y toda la hueste crustácea de la familia cangrejil que empieza en la langosta y acaba en la nécora, pasando por la centolla. Estos bichos, sabrosísimos, se venden cocidos y tienen en su carne un reclamo del vino, que es apurado pródigamente por cuantos devoran aquella tribu armada de coraceros del fango.

Ni hay quien resista la tentación de hundir los dientes en la dura corteza de la centolla y dejar que fluya de las dos heridas paralelas que causan las dos mandíbulas en el cuerpo del crustáceo aquel delicado y punzante sabor marino, que es el perfume del Océano.

PRELUDIOS ACERCA DEL DENGUE.

Puéblase el bosque de gente. La parroquia llama á los fieles con sus campanas, y bien pronto el templo se llena. El conjunto de los trajes de las mujeres, forma un mosaico de múltiples colores que producen el *hipnotismo*. Es mareante el contemplar cómo se combinan el rojo de un pañuelo que se pliega á lo judaico sobre un rostro, y el negro de un *dengue* que se ajusta á unos hombros estatuarios. Con estos trajes no se lucen los brazos ni el pecho como en los tocados cortesanos y palatinos. La modestia y el arte ocultan tesoros de carne, prodigios de forma y maravillas de turgencia.

Acaso la cantidad haya sido el defecto del artista que ha hecho este museo de vivas estatuas; pero siendo en Galicia tan abundante el mármol, es disculpable que el cincel haya pecado por carta de más.

Lo característico del traje de la gallega

del campo es el *dengue* y el delantal de terciopelo, de corte curvo, bordado de agremanes que centellean en el movimiento de la danza, sembrando de luces y reflejos la atmósfera de polvo que rodea á los danzadores. El *dengue* es una pequeña talma ó esclavina que no baja más de los codos y consta de dos hojas, superpuesta la una á la otra. Da á la mujer un aspecto infantil, gracioso, campesino, dejando escapar del encañonado de su vuelo los brazos en una línea suave y aérea.

CONCERTANTE ENTRE LOS ÁRBOLES.

Así como en la *toaleta* de una dama los colores chillones son de mal gusto, cuando se contempla una numerosa reunión popular hechiza el conjunto de los matices vivos. Lo mismo que un grito dado en un salón, hace taparse los oídos, y en el campo cuando son muchos los que gritan, balancea el

oído en un acompasado y rítmico murmullo la armonía de cantares, son de instrumentos músicos, campaneo, estallar de cohetes, y el *alalá*, que termina una endecha gallega.

Declaro que no he presenciado jamás un espectáculo más sorprendente, más animado, más sanamente pagano, ni más deleitosamente nuevo para mí, como el de las cuatro romerías gallegas á que he asistido durante la pasada semana; la de la Virgen de Guía—ya descrita—la de Reboreda, cerca de Redondela, la de San Roque y la de Nuestra Señora de las Angustias. La alegría pacífica y amorosa de esta raza estalla en los bosques galáicos como las anchas olas del Atlántico en las llanuras sin término del infinito abismo. El amor y el vino excitan las gargantas, y el himno báquico suena junto con el himno de un corazón apasionado, y sobre aquellos rumores flota el espíritu de fraternidad, cierta tendencia al comunismo de los placeres y las comodidades, que hace circular la blanca escudilla llena

de vino de mano en mano, y que multiplica los obsequios que unos á otros se dedican, los convecinos, los compañeros en las largas travesías por el Atlántico, los que juntos han sufrido los rigores del Abrego, entre las ondas revueltas del mar.

¿Por qué redobla con tanta furia el tambor? ¿Por qué agota la gaita el tesoro de sus quejumbrosas notas? ¿Por qué la charanga vibra estruendosamente, y las campanas atruenan, y el gentío vocea y se arremolina?... Es que la procesión ha empezado. Va delante hueste de bailarines, vestidos de blanco pantalón y blusa del mismo color, que ciñe banda de raso rojo ó morado. Danzan el baile de las espadas y juegan una esgrima bailada con paloteo vistoso. Va detrás la llamada *Coca*, esto es, la Tarasca, monstruo de cartón, enorme, de cuerpo de tortuga, de alas de murciélago, cuyas fáuces se abren y se cierran con furia merced á ingenioso mecanismo que mueve un chico aposentado en las huecas entrañas del endria-

go. En derredor de la *Coca* va un enjambre de chicos, un turbión de muchachuelos. Sigue luego la danza, una especie de farsa ó pantomima, cuyo análisis entretendría las páginas de un historiador erudito y los afanes de un rebuscador de costumbres perdidas.

LAS DANZAS ALEGÓRICAS.

Vigo, Agosto 30.

Las danzas gallegas tienen todas una historia cuyos orígenes se pierden en los de este pueblo, muy dado al símbolo. Alrededor de la encina se forma el alegre concurso de bailadores. Suena la gaita, y el tambor estremece el aire con sus vibraciones. Todo el campo se transforma en salón de baile, y el movimiento y la alegría se apoderan de cuantos toman parte activa ó espectante en aquel ir y venir, en aquel girar en círculos y oscilar en ruedas. Morenos pescadores, sobre cuya

chaquetilla azul se destaca el cuello de color moreno dorado, y las largas barbas rizadas por las brisas del mar, son el *chevalier servant* de rollizas aldeanas de Redondela ó Labadores.

Viejos campesinos, cuyas manos mil veces han abatido el alto maíz, alternan con muchachas de rubias trenzas, largas como la cola de un caballo. Las rojas faldas de lana se combinan con los negros vestidos, y sobre las cabezas ondean los picos de pañuelos de brillante matiz. Es un kaleidoscopio, un arco iris, una orgía de colores, y hay en todo aquello el movimiento de una veleta agitada por viento vario, las oscilaciones de la onda, las palpitaciones del bosque, cuando el huracán le roza con sus alas.

En medio de esta danza aparecen los gigantes y los enanos. Son los primeros, altos como pinos, derechos, serios y llevan una cabeza del tamaño de una banasta, con su barba, bigote y melenas. El traje es de lo principal y aseñorado, si es que lo llevan de

la época, y entonces imitan el gusto de los aquí llamados *americanos*, esto es, los gallegos que han ido á América, han enriquecido allí y han tornado á la *terriña*, llevados del amor triste al hogar nativo que en lengua galáica-lusitana se denomina *saudade*. Otras veces, esto es, en otros pueblos, el gigante usa traje guerrero, guarda costillas de gruesa malla, grosera coraza, larga tizona, gregüescos y loriga rutilantes de puro bruñidos: y en todo caso, faldamenta para esconder al fornido gañán que lleva sobre sus hombres tal armatoste legendario. En unos pueblos los gigantes son: Vulcano, el de las tenazas; Neptuno, el del tridente; Apolo, el de la lira, y Pan, el de las flautas de oro, y las parejas de las altivas muñecas,—Vénus, la de la concha; Pomona, la de las manzanas; Proserpina, la endemoniada, y la robusta Clitemnestra.

Tales comparsas giganteas danzan delante del Santísimo Sacramento, con un acompasado aire muy señor y tranquilo, repre-

sentando sin duda el pleito homenaje que rinden los pecados—grandes, gigantes, monstruosos, según la versión mística—á la eterna majestad del sacramento.

El gigante es una creación de la fantasía popular que tiene á las veces las demencias de D. Quijote, cuando el insigne orate imaginábase en ruda lucha con Caraculiambro y Briareo. Cuando el pueblo se supone vencido en aquellos combates de la crónica de pergamino, cuyos caracteres chorrean sangre, no se contenta con atribuir su vencimiento y derrota á combatientes ordinarios, y hace intervenir en los linternazos á algún santo provisto de armas celestiales ó á un gigante, cuyo brazo se hunde en el tumulto de la lucha como la proa de poderoso *steamer* en las revueltas olas. La humanidad puede honrarse con alguna raza productiva de hombres muy altos; todas las razas, aun las razas menudas del Mediodía, dan allí ejemplares que superan la talla ordinaria. Pero no hay cronista serio, ni referencia

digna de fe en todas las literaturas, incluyendo las más remotas y legendarias, que consignen la existencia del hombre-pino y de la mujer-palmera. Tan exuberantes constituciones son propias de la mente vulgar que los ha convertido en visible trasunto de cartón y encañadura, cubiértolas de trapos y oropel y sacádolas al arroyo donde danzan en procesiones y romerías.

Otro tanto puede decirse de los enanos, aun cuando de la raza microscópica hay más abundancia en la realidad. Tom Pouce, el enano célebre, era tan pequeño que cabía en el sombrero blanco de Martínez de la Rosa, y los enanos de Pilar podían aposentarse en una bota de montar de cualquier guardia real. En los circos ecuestres é hipódromos se exhiben á la curiosidad pública escrúpulos humanos y hombres de bolsillo, cuyo traje se hace de una manga de una casaca. Suelen ser panzudos, mal formados, de choquezuelas recias, de cráneo disforme, de colosales orejas separadas de

la cabeza y como aventadores. Para hacer de estos monstruos los cabezudos que bailan en las romerías gallegas, no ha sido preciso más que copiarlos y formar con cartón y pintura lo que con carne ha formado la naturaleza.

Al lado de tal cáfila de endriagos bailan en estas fiestas gallegas hombres y ángeles; los primeros componiendo mil distintas danzas, una de las cuales llamada de las espadas representa con terpsicorianos juegos la pasión y muerte del Justo. Simbolizan al Divino Maestro en uno de los danzarines, el cual es perseguido por los demás, que le aplican las espadas al pecho, al estómago, á los oídos, á la nariz y á la garganta. El mérito de los tales consiste en danzar, sin que las puntas de los alfanjes dejen de apoyarse en el cuerpo del falso Mesías, y sin que le hieran, en cuyo último caso el aludido procuraría hacer constar que todo era una fábula á lo divino y que con derramar su sangre no se salvaba el género humano.

Angeles he dicho que bailan también: me refiero á las *penlas* que he visto no hace muchos días en una romería cerca de Redondela. La *penla* es una niña, como de ocho años, hija por lo común de pescadores, morena y delgadilla, con el color y la flexibilidad de la espiga de trigo. Vístenla de tules, encajes y cintas, con falda que no pasa de las rodillas, muy hueca, con faralaes y anchuras de miriñaque. Calzan sus piés zapatitos de seda blanca, como los de una duquesa de Watteau, y enróscanse á sus brazos muchos brazaletes, pulserillas, esclavas y colgantes preseas de metales preciosos. Rodean su talle cadenas de oro, penden de su pecho medallones y diversos dijes. Para adornarla de tal suerte ha sido preciso que se *vuelque el cofre*, como suele decirse en Castilla. La familia y los amigos de la *penla* le hacen vivo escaparate de sus joyas, y puede afirmarse que no queda en el barrio cintilla, alfiler, lazo ó joyuela que no salga de su avaro escondite para contribuir á que la

niña vaya resplandeciente á la romería y á la procesión. Ahora bien: ¿qué papel representa en una y otra la *penla*? Pues no es fácil decirlo en una frase. Es una bailarina y una mímica; pero una bailarina cuyos piés no se mueven: bailarina no más que de cintura arriba. Porque es de saber que la *penla* va sobre los hombros de una mujer y esta es la que baila, mientras la niña hace girar los brazos y da á sus facciones diversos gestos alusivos á los sentimientos de ira, respeto, terror ó admiración que debe experimentar. Es, pues, una combinación de baile y gimnástica, de mímica y funambulismo, de títeres y comedia.

Comunmente en cada romería hay cuatro *penlas* y danzan sobre sus cuatro portadoras, en derredor del palio que cubre la custodia, agasájanlas con dulces á porfía, y no es raro que el honor de la danza les cueste un cólico.

¿Qué significan las *penliñas*, características de la romería de Reboreda? Mientras

gira en rápidas vueltas la mujer que conduce á la *penliña*, esta hace contorsiones, burlas, gestos, momos y carantoñas á la Virgen, que va procesionalmente por la aldea. La *penliña* deshoja flores y las arroja al rostro de la Imagen, se pone en jarras y mueve la cabeza con irreverente y graciosísimo desparpajo. Hace muecas de ira y agita los brazos furiosamente: todo esto mientras la danzadora da giros y hace contornos por entre el palio que cubre la Custodia y las andas que sostienen á la Virgen. Suena la charanga, estallan los cohetes, vocifera la gente, y sobre el inmenso grupo procesional, entre pendones y palios, y sobre las cabezas de los congregados se destaca la aérea *penliña*, refulgente entre los tules y las alhajas, despidiendo del oro que la cubre reverberaciones, comparable al *astro-niño* de la leyenda oriental.

¿Qué puede significar este baile simbólico? Hay quien dice que un día al año por permisión divina, los pescadores sacan pre-

sas en sus redes á las ninfas del paganismo, y librándolas de las húmedas mallas, las llevan á rendir homenaje á la Virgen. Las *penliñas* representan á esas ninfas, y sus burlas y gestos, el despecho de los dioses vencidos.

***

CORO BÁQUICO.

Las comilonas empiezan después que la procesión ha terminado y parecen inspiradas por la nostalgia de la indigestión. Buena prueba dan los gallegos de estómago fuerte cuando resisten la prueba horrible de unos cuantos días como el de los festejos patronímicos y tutelares que he narrado. Allá, en improvisada mesa ó sobre la misma hierba se devora la empanada de sardinas y el amarinado congrio, la lamprea, de sabrosísimo bocado y el jamón bien curado al humo de los lares campesinos. Todo acompañado de

la ostra, que esconde entre dos piedras su delicado sabor y rociado por el vino flojo de la tierra, que es un digestivo de primer orden. Y cuando el estómago se ha llenado empieza la danza y el ir y venir de los grupos de enamorados, que buscan escondites en la arboleda y pasean cantando por la *carballeira* (robledal).

Las charangas, gaitas, tamboriles y bombos llenan el aire de fluido. El polvo sacudido con tanta danza flota en el aire y oscurece la atmósfera. Los farolillos que acaban de encenderse en los puestos de comestibles, son puntitos de luz en la niebla blanca del polvo.

Sobre la hierba puede hallarse algún desperdigado romero que duerme, sometido á los efectos del alcoholismo. Otros giran aún en baile, y se les adivina más que se les ve en la negrura de la noche, gran facilitadora de los misterios del amor.

Un cohete sube al cielo, una bomba estalla.

Ha empezado la última parte de la fiesta: los fuegos artificiales. Globos de papel, ascienden dejando caer una lluvia de gotas de luz. Culebrillas de fuego surcan el aire, y todo el panorama celestial se incendia, como si los átomos del oxígeno se inflamaran, sintiéndose contagiados por la alegría de los hombres.

ZIG-ZAG POR LA RÍA.

Vigo, Agosto 14.

LA PERSECUCIÓN DE LA SARDINA.

Si la prosopopeya retórica no hubiera pasado de moda, ahora empezaría mis apuntes con una muy del caso: dirigiría mi discurso á la sardina, á la constantemente y por todos perseguida, á la señora de las rías bajas, pacífica en las aguas, dócil en las redes, barata en el mercado, bulliciosa en el hervidor aceite, deliciosa en el plato. La mayoría de los peces viven á expensas de las especies inferiores, y

de esta forma cruel de la lucha por la existencia marítima ha nacido el dicho, de que el pez grande se come al chico. La sardina vive de las aguas, del fango: no sacrifica á nadie en provecho propio. Es tan simpática para el filósofo como para el glotón. Del fondo de mi alma surje un grito de admiración hacia el prolífico pez: «¡Gloria á la sardina, especialmente á la sardina frita!»

No hay pez que no la busque; el hombre la persigue con mil medios de destrucción. Puede decirse que la sardina da de comer á los pescadores gallegos.

Ya salen del puerto de Vigo, de Bouzas, de Cangas, centenares de barcas pescadoras. Oscurece. El faro de la Guía acaba de encender sus lámparas; el de las islas Cíes lanza su primer destello. La barquía se desparrama por el mar. ¡Cuánto pedacito de trapo temblando en el viento! ¡Cuánto pequeño pañuelito puesto á secar! Son las velas de los pescadores. A nuestro paso en rápida nave movida por vapor hallamos ten-

didas las redes, en cuyas mallas la sardina queda presa y estrangulada. Flotantes corchos indican la colocación de las redes. Estos indicadores describen curvas en el agua y dibujan caprichosas líneas. Los pescadores, á bordo de sus pobres lanchas, esperan, esperan toda la noche, ora entre diluvios, ó entre huracanes, ya columpiados dulcemente, ya siendo juguete de las espantosas rompientes del Océano sobre las rocas del Boeiro, eternamente desvanecidas á la vista del mareante, en una pulverización de agua. Imaginad los furores del invierno, sus vientos, sus lluvias, el helador soplo del Norte, las nieblas que cierran el paso de la ría, la soledad, la miseria de la nave del pescador, y es maravilloso el temple de esas naturalezas, para quienes todos los días se ofrece el problema de la vida, entre un plato de mala vianda y la muerte del ahogado.

La pesca es aquí el gran plantel de la marina de guerra. Los que tienen el heroismo por costumbre, la miseria por compa-

ñera y el olvido por cronista de sus diarias hazañas, ¡que no harán cuando se les entreguen buenos barcos y vean ondear en el pico de la cangreja un pabellón de honor y honra!

Una de las industrias más importantes del país es la salazón de sardina. En toda la costa, al abrigo de alguna ensenadilla, se descubren blancas casitas, medio sumergidas en las altas mareas. Son las fábricas de salazón. Cuando quieren sardina, ondea la bandera nacional en el asta; el pescador entiende aquel signo, y al salir de su casa sabe ya dónde va á ser vendida la pesca que haga. No hace mucho que Vigo protestó contra las reformas financieras, que herían de muerte la industria salazonera. Con ella perecerían miles de familias que viven á la sombra de las fábricas, todo el bizarro ejército de la marinería pescadora, los cultivadores de ese movible campo, en cuyos surcos cambiantes siembran gotas de su sudor para hallar acaso la muerte.

Varia es la fortuna del que navega, pero aún es más varia la del que pesca. En el mismo paraje donde llenó sus redes hoy, mañana no hallará ni una miserable *faneca*. El mar es á veces pródigo, abundante; á veces parece deshabitado, un desierto de agua. En vano tender las redes, en vano agotar las artes piscatorias. Aquella noche lo único que cae en las redes es el hambre, esa harpía enamorada de los guiñapos.

BEEFTEAK PARA LONDRES.

Hoy he visto en el muelle una operación que frecuentemente se repite, de escasa importancia para los habitadores de las costas, curiosa por todo extremo para los que venimos del interior. Un enorme vapor de hierro arrimaba uno de sus costados al muelle, y se disponía á recibir en sus entrañas un cargamento de bueyes.

En el muelle estaban los viajeros, esto es,

las víctimas del viaje: hermosos animales de lustroso pelo alazán, de airosos cuernos, gordos y lucios, prometiendo á la gastronomía las delicias pecadoras de la carne. Mientras los bueyes son conducidos á bordo por una rampa que une el muelle con el vapor inglés, alguien me explica que una de las principales industrias del país, es criar y cebar reses bovinas para embarcarlas con rumbo y destino á Inglaterra. Pagan cada pareja de bueyes á 3.000 reales, y los exportadores los revenden luego á buen precio en las Islas Británicas. Cuando el tiempo es de calma, la travesía de Vigo á Londres es obra de tres días, pero cuando la *Nortada* empuja las olas, dura nueve y diez. Entonces los bueyes son abandonados. Los golpes de mar se los llevan de sobre cubierta y los monstruos del establo descienden al abismo, lanzando mugidos lastimeros.

Acaban de embarcar á bordo del *Lisbonn*, cincuenta bueyes. Vienen á despedirlos algunos aldeanos, sus dueños, los que los han

visto crecer y desarrollarse, asistiendo con cierto orgullo familiar al embarnecimiento de la res. Ahí está el prudente labrador que ha vendido su buey después de maduras reflexiones; á su lado se ve á la mujer con el colosal paraguas de algodón en la mano. Uno y otra acarician al buey, le pasan las manos por las astas, le rascan el testuz y le dan palmaditas en el húmedo y rosáceo hocico. ¡Qué palabras tan suaves le dedican! He visto despedirse á muchos hombres de sus amigos con menos dolor.

Pero hé aquí que el buey se resiste á ser embarcado: muge, forcejea, no sube la rampa... Para estos casos, el práctico inglés ha colocado á bordo potente grúa, y bien pronto el buey es cinchado, suspendido en el aire y descolgado á las bodegas del barco. No es tan inverosímil como parece ver volando á un buey...

El *Lisbonn* recoge sus anclas, se desvía del muelle, hace girar su hélice, lanza un silbido ronco y se aleja. Al mirarle surcar

las aguas de la ría en demanda del Océano, me parece que representa el monstruo de la voracidad inglesa, que convierte los poéticos prados de Galicia, las sombrosas alamedas y los pomposos robledales de esta tierra en *beefteaks*, medio crudos y se los come con mostaza.

Á LAS ISLAS CÍES.

Sobre las olas se encrespa la piedra y forma tres islotes, el más alto de los cuales llega á 300 metros sobre el nivel del mar. En aquella altura se ha colocado un faro, cuyos poderosos mecheros centellean, enviando su luz hasta á 18 leguas de distancia. A este islote, casi desierto, fuí invitado para asistir á una pescata organizada en honor del señor Castelar por un entusiasta de Galicia, por un propagandista de los méritos de esta comarca, el Sr. Tapias, acaudalado banquero de Vigo. La partida fué á las dos de la mañana, bajo un cielo estrellado y limpio de

nubes, sobre un mar mágicamente incendiado por el indescriptible fenómeno de la fosforescencia. La hélice del vaporcito del Sr. Tapias, en que navegábamos, dejaba un rastro luminoso y parecía rasgar capas de niebla que ocultasen á nuestra vista los alcáceres luminosos de las hadas submarinas que pueblan las leyendas de Andersen. Los peces al huir de la vista del vapor producían un chispazo en las aguas. Más que navegar era aquello flotar en un vaho fosfórico, y el vapor parecía una mancha negra en el centro de una nube de fuego.

Nada más triste, más solemne, más solitario que aquel peñote, última avanzada del centinela en el Océano. Álzase y diríase que aspira á ver dónde acaba la movible llanura. Pero ya que no para descubrirla, sirve para iluminarla. La luz del faro es allí una antorcha de la fraternidad humana que desde la cima arroja al mareante perdido, un cable luminoso que le saque del laberinto de las sirtes y las tormentas.

Dos son los torreros que sirven el Faro. Aislados del género humano, sin otra comunicación que un correo cada ocho días, entregados á su soledad en los largos meses de invierno, en que el temporal arrecia y conmueve la isla hasta sus más hondos cimientos, son algo así como vestales de la luz aquella que representa la previsión y garantiza la vida del marino. Las gallinas de los dos torreros son las gaviotas, que ponen sus huevos en alturas casi inaccesibles, y que surten con ellos la sartén de los eremitas, dependientes de la Dirección de Obras públicas.

En derredor de las islas Cíes hay una multitud de peñascos que parecen cuentas de colosal collar caídas en el mar, un día en que Titania riñó con Overón y se tiraron de las greñas. Estos peñascos son un centelleo constante de blanca espuma, inaccesibles á los hombres, que serían estrellados contra sus puntiagudos picachos si intentaran abordarlos.

Tienen las islas Cíes su leyenda, no inventada por la poesía, sino contada por testigos presenciales. En una de las cuevas que el mar ha socavado en los pedernales de la isla, habitó solitaria durante cuarenta años, hasta su muerte, una mujer. No se le conocía familia ni amigo. Vivía de las hortalizas que cuidaba con su propio trabajo. Frugal, sana, en un estado de salvajismo pacífico, dejó pasar cuarenta años, su juventud y su vejez. Un día enfermó, y los torreros, movidos á piedad, la hicieron transportar al Hospicio de Vigo, donde de allí á poco falleció. Todo es relativo. Al lado de esta vida la de los guardadores del Faro es el colmo de la sociabilidad.

DANDO VISTA AL LAZARETO DE SAN SIMÓN.

De estas rocas inhospitables y áridas, pasamos en breve tiempo al seno de un jardín, que no otra cosa son las dos márgenes de la

ría. La pescata debía terminar con una *caldeirada* clásica en la finca que posee el Sr. Tapias cerca del lazareto y que se titula *La Regasenda*. Es un vergel indescriptible. Donde acaba el mar empiezan los arriates de rosas, de camelias, de cliotropos, de mirtos. Donde termina el reino de las flores, se elevan los *eucaliptus* de corpulento tronco y gigantesca talla. Más allá, crecen juntos los pinos del Norte y los naranjos andaluces. En el mismo pedazo de tierra, se nutren los frutos que suelen fermentar bajo la nieve y los que necesitan sentir en sus raíces el rescoldo del sol meridional.

Por el suelo se ven colosales anclas de los galeones perdidos bajo el peso del odio y del oro, con otros restos de las embarcaciones sacadas á flote por una de tantas compañías como se han formado para buscar las tortas de metales preciosos, que se suponen sumergidas en el abismo. Las tortas no han parecido; tal vez la única que existe es la que amasaron los pastores bíblicos en Belén, y

esa es la que merecen comer los accionistas de tales empresas buscadoras del oro.

No, no está aquí escondido, sino en la superficie de esta feracísima y hermosa tierra, en sus aguas prolíficas de pescado, en sus fábricas de salazones y curtidos, en sus bosques, en sus praderas. Solo le hace falta á Galicia un poco de espíritu emprendedor, fe en sus méritos y esperanza en sus destinos.

MINO.

Vigo, Setiembre 9.

AUNQUE figura en los mapas como los demás ríos del mundo, ni más ni menos, merecía una tinta de oro que marcase su dirección, y que el geógrafo dejase un hueco en la carta para que un poeta explicase su rumbo en una oda. Acaso haya otros muchos ríos que sean más útiles á la humanidad, en el sentido crematístico é industrial, porque mueve pocas fábricas y se desliza perezoso y embebecido en la contemplación de ambas márgenes, hermosas y verdes, desde Fuente Miña hasta La Guardia,

pero no lo hay más bello. Allí donde nace, las flores le esperan, y por donde pasa se le presentan como súbditos. Buen hijo de esta tierra y símbolo del espíritu regional, no refresca otras riberas que las de Galicia, y cuando azares de la historia, que no leyes de naturaleza, le obligan á ver banderas extrañas y extranjero dominio, cuando pasa por la frontera de Portugal, lo hace deprisa, despeñandose rápido por las *brañas* (pequeñas cascadas) de Caldelas y no se decide á desembocar en el mar hasta haber separado á Galicia de la provincia portuguesa Entre-Duero - y - Miño. Es melancólico y dulce como el habla gallega, apacible y misterioso como la poesía de sus hijos. En las viejas leyendas aparece personificado en un guerrero, de fuerte pecho, que pasó su vida enamorado de una beldad llamada Galicia.

La leyenda se ha desvanecido entre el humo de la locomotora que cruza el puente internacional entre Valença do Miño y Tuy; pero queda la realidad de la poesía que la

dió vida, y el río sigue enamorado de sus riberas y las adula y las mima con los halagos de sus serenas aguas, trasparentes como disolución de cristal de roca; y Galicia le continúa acariciando con sus perspectivas arcadianas y arrojando á su movible seno los perfumes de sus magnolias y los pétalos de sus adelfas, las flores de sus mirtos y los pendones dorados de sus maizales.

Cuando llegamos á Caldelas de Tuy en el tren, vimos el andén de la estación lleno de bañistas que van á aquel balneario á buscar alivio á sus enfermos pulmones y á sus achaques reumáticos.

—¿Van ustedes á Portugal?—nos preguntaron.—Pues es inútil. Vean ustedes, desde aquí pueden descubrir la orilla portugesa del Miño ocupada militarmente. Cada cincuenta metros hay un soldado lusitano, arma al brazo, dispuesto á descerrajar un tiro al que se atreva á forzar la línea. Tierra adento aun hay otro cordón, y por toda la frontera una policía exquisita que detiene al viajero.

—¿Es, pues, imposible ir á Portugal?

—Se puede... sufriendo antes siete días de cuarentena. Hay quien se vanagloría de haber vencido con una moneda de cinco duros todo ese artificio de previsiones, pero conviene dudar de esta maliciosa especie. Como dice el coro de una piececilla gallega escrita para burlar el lazareto portugués, toda la frontera está sobre las armas, teniendo *muito ollo c'o microbio.*

En efecto: entre los árboles frondosísimos de aquella divina ribera se veían de trecho en trecho casitas de paja, chozuelas y barracones, delante de cuya única abertura se divisaba á un soldado portugués, con el fusil en la sangría del brazo, vestido de blanco dril, observando los movimientos de cualquier barca de las que recorren la vía fluvial.

En una de las más toscas y ruines barcas ibamos nosotros, al empuje de dos remos mal trazados de dos troncos de pino que movía un hombre. Bajo la quilla de la barca huían

las leves ondas del río y su claro fondo pedregoso, lleno de mil cristalillos de cuarzo, en los que la luz meridiana se quebraba.

Nos dirigíamos á Tuy, cuya catedral lúgubre se elevaba á lo lejos sobre un picacho, con aspecto de fortísimo castillo lleno de picas y ballestas, más que de templo cristiano henchido de bendiciones y preces. A nuestra derecha quedaba la ribera española, y á nuestra izquierda la portuguesa, por la cual corría el cordón de soldados, marcando con las manchas blancas de sus uniformes la frontera, al modo como en el mapa la marca una línea de puntitos de litografía.

Preguntamos al barquero si había conflictos internacionales por el aprovechamientos de la pesca del Miño entre gallegos y portugueses, y nos dijo en una jerga mezclada de castellano, gallego y portugués:

—Muchos. Ahora no pescan los portugueses porque el cordón sanitario se lo im-

pide, pero cuando es libre el paso hay combate naval y pesca todos los días.

Verdaderamente el amor de la patria se robustece en las fronteras como el amor á la vida en los momentos en que linda con la muerte. El trato diario de los fronterizos les hace iguales en gustos, ideas, trajes y vocabulario, pero cada uno de ellos se considera avanzada de la patria y disputan palmo á palmo por agua y por tierra la posesión de aquel delicioso país. Puede decirse que el Miño es en esta parte teatro de una naumaquia piscatoria y bélica, de un torneo cuyo premio para el vencedor es el salmón de sonrosada carne que agita sus aletas y entreabre sus agallas erizadas de rojas púas allá abajo, en la hondura del río.

Actualmente un cañonero español y otro lusitano trabajan en el deslinde de la frontera. Una pequeña islilla llamada la *Insua*, que ocupabán los portugueses y que divide con su arenoso ceno el Miño, ha sido recobrada por nuestros marinos. Al pasar frente

á ella saludamos la bandera española, que ondea al aire clavada en un mástil. El barquero, dando paz un momento al meneo de los remos, nos dijo:

—¿Les parece á ustedes que no ha costado poco trabajo recobrar la *Insua*?

—¿Y cómo se perdió?

—Pues por acuerdo de unos propietarios de la ribera de Caldelas y otros de la de Valença do Miño. La tal *Insua* era motivo de riñas diarias sobre si tú ó yo éramos los amos. En tal situación los propietarios referidos, sin más ni más, acordaron decidir para siempre si aquel arenal era nuestro ó de Portugal... Y ¿qué dirán ustedes que hicieron? Echaron al río una calabaza y decidieron que si iba á parar á la orilla portugesa era la *Insua* portuguesa y si á la española, sería nuestra. Ello es que la calabaza se fué á Portugal... y perdimos la *Insua*.

—Fué una verdadera calabazada diplomática, y no la única de que hemos sido víctimas.

—Pero los marinos han reclamado á Lisboa, y la *Insua* ha vuelto á España.

—Menos mal.

Llegábamos en esto á Tuy, y sobre nuestras cabezas estaba el puente internacional que une las líneas férreas de los dos reinos. El barquero nos dijo mientras atracaba el lanchón al fango de la ribera:

—Bonito puente, ¿no es verdad?... ¡Lástima que no sirva para nada!

—¿Cómo es eso?

—Toma, pues muy sencillo. Se hizo para enlazar el ferrocarril de Orense á Vigo con la red de ferrocarriles portugueses; mucho tiempo lleva terminado; se practicó la prueba y resultó un gran puente, pero hasta ahora no pasan por él los trenes. Hay que trasbordar en barcas á pasajeros y equipajes, y como á veces esta operación es larga, se pierde el tren, y hay que esperar veinticuatro horas en un mal albergue. Les digo á ustedes que esto es un escándalo. Después

de escritas estas páginas, el puente ha sido abierto al servicio público.

Cuando hubimos escuchado las verdades del barquero saltamos á tierra y emprendimos el ascenso á Tuy.

LOS MENDIGOS DEL MAR.

Vigo, Octubre 6.

Hoy ha asomado su cara el invierno entre las floridas orillas de la ría. Extraño contraste, por cierto, el de un cielo nublado, un mar negro, en cuyas ondas centellea la espuma de la tempestad; extraño contraste, digo, cuando la tierra enseña por todas partes sus flores; las vides sus racimos, que empiezan á dorarse; los maizales sus flecos de oro y sus mazorcas repletas de granos; las camelias sus capullos, producto en otros países de raras y cuidadosas artes. Entre las flores, un día in-

opinado, cuando el Equinoccio deja salir á los ámbitos sus legiones de huracanes y sus mesnadas de sirtes, aparece aquí el Norte, señor de los abismos marítimos, y el panorama del estío se trueca de improviso, cubriéndose con las fieras galas del invierno. Poco ha durado la mudanza: doce horas no más; pero ha bastado para que el viajero, ignorante de la vida de estas costas, comprendiera de qué suerte en este jardín pueden desencadenarse las iras del Océano, llegando á escupir sus espumas al pie de los montes, cubiertos de flores, como un desafío de la Naturaleza al hombre, á quien sorprende en la fiesta de la luz y el amor, que empieza en Mayo y acaba en Octubre.

Desde el balcón inmediato á la mesa en que escribo estas cuartillas, descubro, á treinta pasos de distancia, el botalón de un patache de Avilés, que hace algunos días ha fondeado conduciendo de Asturias unas cuantas toneladas de cal. Su pobre casco, viejo y lleno de heridas, por las que el agua

entra, agítase entre las oscilaciones de las olas, haciendo describir grandes curvas en la atmósfera á sus dos palos. Mientras los poderosos vapores de la Trasatlántica, el *España* y el *Cataluña*, anclados en el lazareto, sufren sin moverse la embestida de las olas, este patache y los otros barcos de su mísera categoría suben y bajan, cabecean y crujen, como si fueran á perecer. Otro símil de la vida, que nos hace comprender que la sociedad y la naturaleza están constituídas en las mismas bases de desprecio á lo humilde y respeto á lo grande.

*
* *

De los barcos que veo en la ría, los más importantes son de vapor. En efecto, la navegación á la vela va muriendo rápidamente. De las antiguas naves españolas, gloria de nuestras costas, que descubrieron territorios y difundieron la cultura latina por los

mares, no queda nada; una memoria no más, ó tal vez menos, un epitafio escrito con una sola línea en los folios de los registros de las comandancias de marina, y una cifra en los apuntes del *Bureau Veritas*.

La navegación á la vela era un diario juego de azar. El hombre echaba al mar sus fortunas y sus esperanzas, encomendándoselas á un pedazo de lienzo, en el cual soplaba el viento. Una diaria súplica y una diaria espectación del navegante flotaban sobre las aguas, como la oración sobre los labios del creyente. Y allí se seguía la varia y misteriosa suerte que preside al juego.

Después de una navegación feliz, venía otra navegación desgraciada; tras de un viaje á razón de 15 millas por hora, venía la calma, el quietismo, un mar de plomo, un cielo azul que escondía en su luminoso seno al dios de la pereza. Hoy, la vida es una fecha, el comercio una combinación de ellas, y se necesitan barcos que tengan el viento en la bodega. En vez de alas de lino, aletas

de hierro; en vez del impulso del viento, el del vapor de agua que corre por la tubería del cobre y empuja el mecanismo de la hélice.

El abandono de la navegación á la vela corresponde al desarrollo de la navegación á vapor, y no sin tristeza, puede ver un español que, al tiempo en que las carabelas de la fe llevaban á bordo á los descubridores de América, ha seguido el tiempo de la fe alemana (antes decíamos púnica), en que con vapores de hélice, con blindados y torpederos, perdemos una constelación de islas en Oceanía.

*
* *

Cuando el armador de una nave de vela sabe que esta ha sufrido una avería, no piensa ya en repararla, sino en destruirla y adquirir un vapor. Es más económico, más mercantil, más práctico. Al cabo, solo quedarán como representantes de las naves de

Colón y Magallanes estos pataches, quechemarines, laudes y místicos, que hacen el pequeño comercio de cabotaje en nuestras costas.

El humo de las máquinas de vapor llena el mundo. Mientras la velocidad sea un espejismo de la felicidad, el hombre será esclavo del demonio que le lleve más pronto á alguna parte.

Este es el demonio del negocio, el demonio de la comodidad: un demonio que se conduce como un Dios. Y así como el prosáico empaquetamiento en un wagón del ferrocarril ha sustituído al viaje en diligencia, incómodo, pero lleno de sorpresas, los vapores á fecha fija han sustituído á aquellas fragatas de nuestros comerciantes del año 40, cuya llegada de retorno á Santander ó Bilbao era en la población un día de júbilo, según lo ha descrito Pereda en *Sotileza*, ese libro inimitable y magistral del ilustre novelista montañés.

El recuerdo de las páginas de Pereda viene

á estos apuntes traído por múltiples memorias mías, por la del asombro y la admiración que hace algunos años me produjo en el muelle nuevo de Santander la mísera existencia de estos pataches y quechemarines; por la de un pobre artículo que escribí al reflejo de aquel sentimiento, y por la de un capítulo de aquella admirable novela de Pereda, consagrado á describir las agonías de los mendigos del mar, de los desventurados pataches, naves de la miseria, juguete de las olas y de los consignatarios.

Bueno es recordar que estas pequeñas naves han sido el gran agente de nuestros corsos. Pequeñas y rápidas, numerosas y aguerridas, se desbandaban por los mares como un enjambre de halcones, y no volvían al nido sin traer en el pico un guiñapo de las banderas enemigas.

Como los temperamentos de templanza están de moda, y el patriotismo es un sentimiento cursi, la recomendación que hago tendrá poco valor. Pero nunca será inopor-

tuno el recuerdo de que en nuestras costas hay una línea de naves cuya fuerza está en su insignificancia, y cuya garantía de glorias futuras está en la historia de sus glorias pasadas.

CABO SILLEIRO.

Vigo, Octubre 30.

La promesa de un espectáculo grandioso nos trae desde Vigo á esta peña que avanza en el Océano. Sopla el SE. y las olas se encrespan. Al pasar por el puente de Gondomar hemos visto en la rada de Bayona una barca de pesca que venía con sus alas recogidas huyendo del chubasco. El mar toma un color de sepia oscura, y una legua antes de llegar á Cabo Silleiro, se oye el tronar de la tempestad y se siente una conmoción constante que hace vibrar la tierra con el ritmo de las

aguas agitadas. El prodigioso Valle Miñor queda á la izquierda del camino, todo mojado y triste con las lágrimas de la lluvia. Las carretas de bueyes pasan á nuestro lado bajo un diluvio que hace caer chorros de las puntas de los cuernos y de los rabos de las bestias. Por momentos se ennegrece más el cielo, y el mar levanta en la costa sus olas con más furia. Coinciden la violencia del viento y la marea alta. Llénanse ruidosamente los huecos de las peñas que con la bajamar quedan en seco, y al tomar posesión el agua de aquellos alvéolos, nido de mejillones y lapas, espumajea y truena. Seguimos avanzando. A un lado se ve el normando pueblo de Baredo, que es, según los viajeros un pedazo de Normandía trasladado á la costa gallega. La ola salta al camino y lo barre. No hace mucho que se llevó un carruaje, arrastrándole hacia el mar con sus mulas y pasajeros. Naufragar en un coche parece el colmo del naufragio. No hay que fiarse de esta fiereza contenida por el

dique de la carretera. En días como el de hoy pasad pronto.

Al doblar un recodo del camino... No... no es posible describir lo que vimos, ni hay en mi vocabulario frases capaces de hacer patente el contraste del paisaje que acabábamos de abandonar y el que se nos presentaba inopinadamente. Venimos de la ría y ahora nos encontramos con el Océano. Venimos del jardín maravilloso del Valle Miñor y nos encontramos con la árida y trágica sierra que desde el mar levanta sus rugosas cresterías y sus gigantescos acantilados. Venimos del primoroso edén de las naranjas y las camelias, de los eucaliptus y las parras, de las flores y los maíces, y acabamos de entrar en el mar de las tempestades. La tierra no puede ofrecer á tanta fiereza jardines y plantíos: se encastilla en sus rocas, se parapeta en sus ciclópeos murallones de granito, opone á las violencias del agua la dureza de la peña, á la inmensa y trágica versatilidad de las olas la eterna fijeza de la pie-

dra. Se dispone á luchar con el mar, á quien ha seducido, como Circe al héroe griego en las amorosas cuencas de sus rías, aletargándole con sus brisas cargadas de perfumes, y con el espejismo de sus pueblos blancos, que se reflejan en las aguas dormidas y mansas...

¡Se acabó, se acabó tanta mansedumbre!... El mar es el gran agente de la naturaleza, como el odio es el gran agente de la historia: por su misma crueldad.

Antes de llegar á Cabo Silleiro se le adivina en el hervor de la espuma que le circunda. Imaginad que la costa se estrecha, se alarga, se prolonga, disminuyendo de anchura cada vez más, hasta terminar en una redonda meseta de negrísima piedra esquistosa. El mar, con su periódico crecimiento, se ha apoderado de todo el Cabo, y solo deja en seco esa negra piedra, como una tribuna desde la que puede el observador sumergir su vista en aquella vorágine centelleante, hervorosa, ruidosa, blanca que la rodea. Es como estar á bordo, sin el incon-

veniente del mareo. Es un pontón inmóvil, cuyas anclas son los miembros del granito de la montaña sumergida.

En uno de los festones de la costa está el Faro, que de noche brilla como el fogón de un horno, enviando sus reverberaciones hasta donde mueren las de su hermano el Faro de las islas Cíes, como este cruza sus rayos con el de la isla de Oms. La costa de Galicia está guardada por veinticuatro faros, verdaderos vigías que saludan de noche al navegante, diciéndole en un idioma compuesto de palabras de luz: «¡aquí velamos por ti!»

Cabo Silleiro es uno de los puntos avanzados de la costa, observatorio eficacísimo de la navegación. Es difícil manejar desde él una hora el anteojo sin que se sorprenda en la incomensurable lontananza algún *steamer* inglés de los que van á Gibraltar, y tomando nuestras costas en Cabo Finisterre las siguen hasta el Peñón, ó cuando menos algún quechemarín portugués de pobre cas-

co y ruín cargamento. La soledad del que viva en las peñas de Cabo Silleiro, es menor si dispone de un buen anteojo con cuyo cristal pueda escrutarse la inmensa curva, el tormentoso segmento de olas y nubes: allí podría llevarse un diario de la navegación y apuntar el movimiento marítimo de aquella zona, donde no faltan las catástrofes náuticas.

Cuando el Océano se estremece y truena, la costa recoge restos de ignorados naufragios. Ya es una botella en que han encerrado, en vez de vino, una tira de papel escrito... el último suspiro de un náufrago... ó trozos de madera y madejas de filástica... ó tal vez una colosal ballena, como ocurrió no hace muchos años, en que los vecinos de Bayona vieron embarrancar en la arena un enorme cetáceo herido por el harpón de un barco holandés allá en las alturas polares.

Bien hacen, bien, los pobres barcos portugueses que navegan aún con las débiles artes de Balboa, en refugiarse hoy en la ría

de Vigo, para la cual no hay tempestad ni viento contrario. Ellos acuden en bandada numerosa como polluelos de gaviota, cuya primera cernida sorprendió el ábrego en el espacio. Con sus velas mojadas, con su maderamen crujiente, entran por las amplias bocas de las islas Cíes, y ya cesó el peligro. En un punto pasaron del Océano al lago, del peligro de la áspera costa á la placidez de la ría, cercada de jardines, orlada de flores y caserío, ceñida por una diadema primaveral.

Más fuertes que esos pataches, los vapores de 5.000 toneladas pueden salir despreciando la tormenta y fiando la regularidad de su servicio á la energía de su hélice, que barrena las aguas á razón de doce millas por hora.

Balanceándose en las olas veo en el límite del horizonte un enorme vapor inglés. Su pabellón vibra en la cangreja como una hebra blanca. Es el *Magellan*, de la Mala Real In-

glesa. Ayer le ví en el puerto y pasé un rato á bordo entre aquel pueblo de pasajeros de todas las naciones. Al mirarle cómo se aleja en demanda del puerto de Lisboa, de donde arrancará para Montevideo y Buenos Aires, me acuerdo de una familia inglesa que va en el *Magellan* y que se compone del padre y la madre, la abuela y cuatro chicuelos, gordos y rubios, que se entretenían, al pasar yo ayer á bordo junto á ellos, en ofrecer peladuras de patatas á un gamo encerrado en una jaula y que desde Londres iba consignado á un rico hacendado correntino.

El padre, serio, más que serio triste, fumaba su indiano *huble bubble* de porcelana lleno de tabaco en hebras y miraba atentamente lo alto del palo mayor: la abuela leía una Biblia, la madre hacia no sé qué labor de malla. El hambre y la esperanza del lucro lleva á esta familia de Liverpool á la América del Sur. Los niños van con la alegría de la curiosidad: el padre con las dudas

de la esperanza: la madre y la abuela sufren el martirio que la mujer experimenta siempre al cambiar de costumbres.

Ahí van, á bordo de ese gigante barco, poblado por mil viajeros y organizado como una pequeña ciudad, con su autoridad suprema, el *Commander*, que puede envíar á un pasajero rebelde á ocupar durante una noche la prisión establecida en la cofa, calabozo aéreo, prisión de pájaro, cuyo carcelero es el viento; con su botica, su horno de pan, su cantina, su corral lleno de aves y ovejas; su clase aristocrática, que goza las amplias cámaras de primera, y su pueblo, que se ahoga en los lóbregos compartimientos de la sentina...

El *Magellan*, empujado por su potente máquina, va á desvanecerse como una pequeña silueta en el cristal de mi anteojo. Ya es solo un punto negro que avanza... ya sería preciso añadir, si posible fuera, al anteojo marino, el microscopio, para ver aquella insignificante manchita de bruma, que es

el humo de la chimenea... Ya se perdió en la niebla y el oleaje... ¡Adiós, adiós, los que vais á buscar en remotos climas el pan de vuestros hijos!... ¡Adiós, sed felices, y que Dios os guíe!

UN GALEÓN QUE VA
Y UN VAPOR QUE VUELVE.

Vigo, Octubre 18.

Eran las seis de la tarde. El mar estaba rizado por una brisa fuerte que empujaba las velas de los barcos con brío. A la entrada del puerto, frente al muelle, se cruzaron un galeón de pesca que iba con su inmensa ala de lino tendida sobre las aguas y un gigantesco *steamer* trasatlántico con su hélice á media máquina. El galeón iba á la pesca de la merluza mar adentro, en largo y peligroso viaje, cuya duración no excedería de veinticuatro horas.

El *steamer* venía de Buenos Aires, trayendo á bordo unas cuantas docenas de gallegos que tornaban de la emigración voluntaria impuesta por el hambre.

Tripulaban la pequeña nave quince ó veinte hombres de recias tallas, que sentados á la redonda sobre las bordas preparaban las redes y encebaban los palangres. En medio de ellos una hoguera calentaba el pote de tres pies, lleno de berza, judías y grasa, que habia de constituir, después de la cochura, el caldo gallego.

En el vastísimo puente de la colosal nave se observaba el movimiento y la animación más grandes. El silbato del vapor lanzaba su ronco grito al mismo tiempo que por los escobenes de proa filaba la cadena del ancla.

Iban y venían los pasajeros; aquellos que habían de continuar su navegación hasta Bremen (punto de descanso del *steamer*, que era el *Elbe*, uno de los más fuertes surcadores del Océano de la *Mala Real Inglesa*) tomaban posiciones en la cubierta para cu-

riosear la ría, empapada en tal sazón de una cierta luz amarillenta, crepuscular, sorprendente. Los que iban á saltar á tierra requerían sus equipajes y se agrupaban en los portalones, de que ya empezaban á descolgar las escaleras.

Muchedumbre de botes y bucetas rodeaban al coloso de hierro, como rodean ciertas especies de parásitos á la ballena, esperando recoger algunas migajas del poderoso flete del *steamer* que aún retemblaba con los estremecimientos de sus pulmones incandescentes.

Empezó el desembarco, y mientras las grúas descolgaban enormes fardos, bocoyes y pipas en las gabarras, las escaleras iban dejando salir á los emigrantes, que volvían á pisar su hermosa tierra tan pobres como fueron, llevando su fortuna en una caja de pino del tamaño de un baul y en alguna letrita de un Banco de Buenos Aires sobre la plaza de Vigo.

Bien pronto llenaron el área del muelle

muchas cajas de estas, y sobre cada una tomó asiento su dueño, esperando el reconocimiento de la aduana con las mil molestias que en España impone el Fisco á todo el que cae bajo su garra felina.

Si el primer impulso es de admiración hacia la gigantesca nave y de desdén hacia el feo barco de pesca, la consideración que merecen las cosas humildes pone en la pista de una idea curiosa: á bordo del falucho van hoy los que mañana serán pasajeros del *steamer*. Al cruzarse se han saludado en la entrada de la ría los que hace años no veían las costas de Galicia y los que viven en ellas, unos van y otros vuelven, tendiendo desde Vigo á las repúblicas sud-americanas un cordón de trabajo y esperanzas.

Mientras los Gobiernos españoles no utilizan el instinto colonizador de nuestro pueblo, otros lo convierten en mina de oro y producción inagotable en lejanos países.

La emigración es en Galicia un rebosamiento humano. No cabe en el vaso donde

la vida es posible este prolífico pueblo, y acaso por la miseria, huye de sus hermosos bosques y abandona sus floridas costas.

El gallego no emigra por gusto, á pesar del ejemplo que le dan los que vuelven ricos de América, emigra por necesidad. Cuando llega el caso de que en la familia sobra uno, el más fuerte se decide; reune los 45 ó 50 duros que le cuesta el flete, compra un arca de pino pintada de color oscuro, y se la lleva vacía. Su propósito es traerla llena. Si algún día sonara la hora de un diluvio universal de prodigalidad, en esta arca se salvaría el genio del ahorro, padre de los capitales y germen de la vida mercantil.

¿Quién supiera escribir para intentar el análisis de una de estas vidas de emigrante? Hermoso asunto el que ofrece para un novelista su larga serie de sufrimientos y angustias, sus prodigios de economía, la extraordinaria aptitud de su sér para amoldarse á las costumbres del país en que es extranjero, su sobriedad de eremita, su lealtad

y su honradez. Y ¡qué delicadas páginas serían en este libro aquellas que se dedicaran al sentimiento perenne del alma del emigrante gallego, al culto de la patria, aquel impulso de imán con que desde las lejanías trasatlánticas propende á regresar á Galicia! Si acierta á enriquecer, regresará rico. Si no acierta, volverá pobre; pero volverá, reservando para su tierra sus huesos y sus ahorros.

Un día el arca de pino está llena. ¿De qué? No importa de lo que sea. De oro ó de guiñapos, de un buen ajuar ó de pedazos de hierro y cobre recogidos en los muelles, El instinto de la capitalización ha elaborado su colmena, depositando en ella lo que la suerte le ha deparado.

Entonces es como si cortaran la amarra que une al gallego á aquella tierra. Se desprende de sus compromisos, liquida sus operaciones mercantiles si es banquero ó comerciante; cobra sus jornales, si no ha pasado de pobre, y se embarca. Tal vez consume sus ahorros el pago del flete.

Ya está ahí de regreso y no para siempre. Vuelve cuando otra vez la miseria le ahoga, y no escasean los labradores y marineros de esta provincia que han hecho tres viajes á Sud-América; especie de golondrinas viajeras que mudan de clima cuando el estómago se lo manda.

La mayor parte de estas pobres gentes son por temporadas pescadores y labradores. Acaso las mujeres cuidan de lo agrícola mientras el marido cultiva la piscatoria, y así, entre las mallas del *cope* y entre los tallos del maizal buscan lo que necesitan para la vida. En este hogar fecundo hormiguean los muchachos, y cuando asomáis á la puerta de la pobre casa, os salen al paso y se enredan en vuestras piernas un enjambre de chicuelos, no tan sanos y rollizos como supone la leyenda, sino pálidos y escrofulosos, como fruto de una sangre empobrecida por la miseria y alimentados con berzas y pescado.

En su pequeño predio, constituído en

foro, cultiva un pedacillo de maizal y otro poco de viñedo, y algo de lino y centeno. El resto de la tierrecilla poseída la completan las hortalizas; combinando todos los cultivos para que en su tiempo la hierba crezca y pueda pastar la pareja de vacas, que son los dos últimos miembros de la familia agrícola.

Contribución y consumos los pagan con lo que produce la venta del vino y del ganado. Con el maíz se amasa el pan de todo el año, y añadiendo á esto las hortalizas y el jurel y la sardina, conservados en sal ó ahumados, se tiene alimentado al matrimonio y la prole. Vida de economía, en que no se prueba ni carne ni vino, y en que no queda un duro para los placeres ni una peseta para las necesidades imprevistas.

Con esto y con un sermón cada cuaresma en que se le aconseja al infeliz que se abstenga de las pompas y vanidades del mundo, vive una gran parte del pueblo de la comarca.

Una administración prudente estudiaría el problema de la emigración en donde tiene su origen: en el hambre; y le pondría remedio con el más sencillo de los productos químicos: con el pan.

Pero nuestros Gobiernos son el guacamayo de la fábula: el perro hambriento pedía cecina y el pajarraco americano le consolaba de su hambre repitiendo todas las frases de su vocabulario.

Lo mejor que le puede pasar al problema de la emigración es que no se le ocurra á algún ministro nombrar una comisión que le estudie.

EN LOS PIRINEOS.

EN CUALQUIER PUEBLO

DE LOS

BAJOS PIRINEOS.

Julio 10.

En los mapas están representados por una línea ondulante que va desde el uno al otro mar ensanchándose y estrechándose, desvaneciéndose en las sutiles sombras del difumino litográfico, ó acentuándose bajo un pincel cargado de tinta. A ambos lados, los nombres de muchos pueblos escritos con menuda letra le erizan de líneas, dándole el aspecto del esqueleto de un ofidio.

Para la historia, esa cadena de montañas

es el teatro de cien combates, y la nieve que centellea bajo el sol canicular en algunas de sus cimas es menos blanca que los huesos de héroes esparcidos en sus vallecitos cubiertos de flores y perfumados con la cenicienta salvia.

A través de sus picachos, los poetas eúskaros de una y otra raza se tienden las manos y entonan sus cantos al heroismo invencible y á la libertad foral perdida, y provenzales y catalanes templan sus liras *felibresas* y arrancan á las vibrantes cuerdas, que concertó con sabio arte Mistral, las estrofas del himno á la primavera, escrito en un pentágrama de oro, cuyas notas son el pío de la alondra. *Mireilla* y *Calendau* vestida la primera con las sencillas galas de las doncellas de la Camarga, y adornado el otro con los arreos militares del combate, vagan aún por entre los bosques de pinos, y al impulso del aire que hace ondear las altas hierbas y las tumbas, pasan flotando desde el Pirineo francés al Pirineo español.

Pero no dura mucho esta visión de concordia y de comunes afanes. Bien pronto cambia el cuadro, y toda la enorme cordillera cúbrese de gente armada, y su lomo se eriza con la muchedumbre de las bayonetas, esgrimidas furiosamente. El Pirineo ha sido siempre el cuartel de invierno de nuestras guerras civiles y la sala de armas de los caudillos fratricidas. De allí ha bajado el aluvión sangriento; de allí ha caído la avalancha. Ved algunos pueblos fronterizos; la conspiración ha sido para ellos una renta constante. Han dado noble hospitalidad á los emigrados, y les han facilitado el arma del combate, la pólvora que había de derramar sangre española, mezclando así en una amalgama extraña las virtudes hospitalarias y el instinto comercial...

Un estridente alarido conmueve las montañas y parece salir de su seno. Es el tren expreso que avanza. La colonia veraniega va á San Juan de Luz, Biarritz, á Cauterets, á los dos Bagnères, á Pau. En todas

las playas del Pirineo, en todas las fuentes salutíferas que brotan de sus riscos la hispana colonia está numerosamente representada.

No hay mejor riqueza para un pueblo que el ser dueño de una fuente sulfurosa ó termal. Bien pronto en torno de ella se erigen *hoteles* y *cotages*. El ferrocarril lleva hasta allí sus rails, la moda sus adornos y sus servidores; y ya no es una muchedumbre armada la que vemos, sino el coro de una égloga en que cientos de Títiros y millares de Melibeas reproducen aquellos deleitables esparcimientos campestres que trastornaron el seso á Sancho Panza cuando pretendió cambiar su nombre por el de Pancino, y triscar sobre la grama, mientras su señor, en hábitos pastoriles escribía madrigales en la blanda corteza de un álamo. Si Moisés volviera á la vida, puesto á pedir que la dura roca se abriese para dejar paso á una fuente, rogaría á Jehová que fuera sulfurosa.

Aunque los Pirineos son una barrera de

piedra que separa los dos pueblos, más parece un medio de comunicación, según se prorrogan las ideas, los caprichos, las modas, los usos franceses entre los españoles. Desde la Rigolboche hasta *Nana*, desde Sue hasta Zola, desde el sombrero hasta el calzado, todo va de París á Madrid como por el telégrafo. «¡Ya no hay Pirineos!» Esta frase parece inspirada en la observación del fenómeno moral de nuestra raza, que nos hace preferir Zola á Pereda, Daudet á Galdós, Pasteur á Ferrán, Corot á Gomar, el chiste arcáico de una *nouelle á la main* al ingenio originalísimo de nuestros escritores satíricos. Carecemos de esa última virtud de las razas fuertes. la de estar contentas de sí mismas, y nos avergonzamos de competir con alguien en alguna cosa. De aquí el proteccionismo, que es el miedo á la comparación, el desdén por nuestros escritores, el olvido de nuestras cualidades todas.

Sin embargo, hay algo que permanece ignorado para ambos pueblos en sus respec-

tivas costumbres. A pesar de los viajes constantes á España y á Francia, de franceses y españoles, unos y otros nos suponemos bien distintos de como somos.

El francés ve en España, antes que otra cosa, la patria del *toreador* y de la *mannola*. Nos han visto el mismo día en que Goya pintaba los bocetos de los tapices de la real casa, y creen que seguimos como entonces. Nuestro mejor artista es para ellos *Paquiro;* nuestro mejor escritor, Montes—porque escribió la tauromaquia;—nuestro mejor caudillo, el general *No importa*—un general que no estuvo en Sedán.

En cambio nosotros creemos que Francia es París y París el boulevard de Italianos. Nos sabemos de memoria el París que baila, que devora trufas y bebe Champagne, que derrocha su oro entre *cocottes*. Pero ignoramos la Francia trabajadora, económica, seria.

Mutuamente hemos estudiado nuestras pasiones en lo que tienen de buenas y de

malas. No hemos llegado á entender cuál es el secreto de nuestra vida ordinaria.

Hoy los pueblos veraniegos de esta comarca rivalizan en preparativos para atraer al español y obligarle á que se deje su dinero en Francia. Misión tan patriótica como otra cualquiera.

La lucha de estos pueblos por ganarse la parroquia veraniega me recuerda la vieja anécdota de aquél inglés que llegó á una isla habitada por salvajes y anduvo largo espacio sin hallar ninguno hasta que vió á dos que estaban jugando á los dados. Se acercó y asistió á la terminación de la partida y felicitó al que la había ganado. El cual, levantándose, le respondió.

—Muchas gracias; pero no te ocultaré que lo que hemos hecho ha sido decidir por la suerte quien de los dos te devoraría.

DE LARUNS Á PANTICOSA.

Gavas, Julio 13.

PRIMERA JORNADA.

El tren llegaba á Laruns y allí se detiene al pié del Pirineo. Después de correr durante cinco horas buscando salida por el dédalo de montañas, agujereando las más pequeñas, faldeando las más suaves, se declara vencido. Pau le ha dado paso por sus vegas sonrientes y sus jardines primorosos, Buzy le ha dejado tender sus rails sobre los pizarrales que le rodean. Laruns le sale al encuentro y opone

á su marcha vertiginosa los murallones gigantescos del Pirineo francés.

Es Laruns un pueblo esencialmente hospitalario, y se contenta con que aceptemos su lecho por una noche y su mesa para una comida. No aspira á detenernos. Sabe que vamos más allá. Es la antesala de Aguas Buenas y Aguas Calientes. Es el primer descanso en la peregrinación de los tísicos hacia Panticosa. Sus carreteras están animadas por el continuo pasar de carruajes. Ya son los ómnibus que ocupa la gente pobre ó económica, ya los *landeaux* y *breaks* de la gente adinerada. Al recorrer unos y otros las calles del pueblo, estrechas, húmedas y tristes, hacen sonar los mayorales y cocheros sus fustas despidiéndose de Laruns. Después de la llegada de los trenes la animación es indescriptible. Guías, mayorales, muleteros, aduaneros, fondistas, gendarmes, nos envuelven y nos marean. Es un continuo ofrecer servicios, pedir pasaportes, repartir prospectos de balnearios, regatear precios,

discutir en alta voz las condiciones del viaje, en francés y en español, en vasco y en una jerga babilónica.

Y es tal la barahunda y tales son los gritos y tanta prisa por continuar el viaje, que hasta instalados en nuestro coche apenas nos enteramos del lugar en que el tren nos ha dejado, ni tenemos atención que dedicar al portentoso anfiteatro de rocas que nos rodea. Luego, así que se ha abandonado Laruns, el paisaje se apodera de nosotros como la muchedumbre mercenaria al apearse del vagón.

El landó sube al trote de dos recios caballos bretones la cuesta sin fin, una pendiente de muchas leguas que ha de llevarnos hasta las cimas del Pirineo.

Hemos entrado en el Valle de Ossau. Es más que valle una cortadura hondísima y angosta entre las montañas coronadas de nieve y cubiertas de una vegetación lozana, pomposa y riquísima. El río del Ossau cae despeñado al lado de la carretera. Sus aguas

mugen, chocan y se hacen espuma, pareciendo recordar en su blancura las eternas nieves que las han engendrado. Son el llanto del Pirineo, lágrimas del gigante que descienden en atronador torrente hasta el llano. No se concibe que el río de Ossau pueda nunca recobrar la tranquilidad del lago, y se duda de la exactitud de los guías, que dicen que ha nacido en una inmensa laguna subterránea que está allá arriba durmiendo sueño de reposo eterno, lejos del aire y de la luz, bajo las montañas de nieve. Es el río de la rebelión, de la ira, de la lucha; el mar al recibirle debe encrespar sus olas y adquirir algo de los ímpetus de la tormenta y los furores de la borrasca.

La carretera va bordeando el abismo, y es tan grande el peligro de un despeñamiento que la prudencia ha puesto un pretil en la parte que cae sobre el río. Este sube á veces hasta caminar al lado del carruaje; luego se sepulta en lo hondo y allí centuplica sus espumas, sus gritos, sus maldicio-

nes y sus quejas, como si se doliera de que le apartasen de la luz su amada. Va recibiendo en todo su curso nuevos afluentes, manantiales que brotan de debajo de las raíces de un viejo pino de negro ramaje, como si aquel decrépito se fundiese y fuera su linfa la que corre saltando sobre los redondeados guijos y los cristales de cuarzo; arroyos que pueden pasar por ríos y cascadas que se confunden con torrentes.

El agua corre por todas partes. Gotea de las aristas de las rocas, forma infinitos arroyuelos después, aquí se detiene en pequeños remansos, allá brilla bajo la hierba, y es en todas partes cristalina, clarísima, pura. No la ha enturbiado el cieno, no la ha manchado el pasar de un rebaño ni ha dejado en ella su vaho ningún labio sediento al beber. Es la pureza misma. Huye constantemente de las alturas, corre, serpea, centellea, arrolla, traza surcos en la tierra, abre túneles en la roca, todo lo invade, todo lo fecunda, cubre sus cáuces de toda suerte de plantas acuáticas.

Después de ese espectáculo, que es el de la eterna movilidad, viene el de la eterna fijeza. Las rocas cierran el horizonte por todas partes. Hay uno, dos, tres, veinte términos distintos, todos cubiertos de bosque enmarañado, de nieves en lo alto, de praderas en la falda.

El cochero, en el *patois* de la frontera, nos va diciendo los nombres de estos picos, visitados por los touristas, y que son la renta principal de cientos de guías, de muchos hoteles que en el fondo de cada uno de estos repliegues del Pirineo ofrecen al viajero el vino agrio del país y el *beefsteack* británico.

Aquel enorme cono de granito es el Pico de Sabausti, y está á 2.209 metros sobre el mar. Más allá encontramos el célebre Pico del Mediodía de Ossau, á 3.000 metros de elevación sobre el nivel del Océano.

Está perpetuamente nevado, y su silueta angulosa, recortada, parece la fisonomía del paisaje. Es el presidente de este

Congreso de cíclopes. Al pie de él hay una ermita de aguda torre, y sin abusar del tropo puede imaginarse que es la campanilla con que el Pico de Mediodía llamará al orden á estos representantes de las convulsiones geológicas el día en que, mal contentos con su situación, quieran alborotarse.

A medida que se avanza húndese más y más la carretera. Los muros de piedra crecen, suben; ya no se ve del cielo sino una faja estrecha, azul, transparente. El río de Ossau sigue escondido y bramando en la tajadura que él mismo ha abierto y en la que más se hunde cuanto más se enfurece. Su propia ira le sepulta, mientras las anémonas, las dalias silvestres, los verdes manojuelos de juncos, los helechos y los dorados botones de la manzanilla saturados del agua que se pulveriza al chocar con las rocas, trepan por las márgenes verticales y van á buscar el sol que brilla en lo alto sobre las cresterías góticas de los murallones de trescientos pies

de elevación. La furia del río es fecunda; es como la inspiración del arte, una fiebre que embellece cuanto toca.

***

Oscurece poco á poco, el crepúsculo cae sobre el panorama: primero se desvanecen los colores de peñascos y árboles, luego se borran sus siluetas. Es un momento de profunda calma, de delicioso recogimiento. Solo se oye el timbre metálico de los cascabeles de los caballos, que se destaca claramente sobre el asonante sordo del río bramando sin cesar en el abismo. Descúbrense en las praderas legiones de sombras que se mueven pausadamente. El miedo infantil, que ha inspirado los cuentos terribles de Perrault; sale al paso al caminante. Pero no hay que asustarse. Esas legiones son rebaños de vacas y ovejas. Tal vez en las cimas indistintas y confusas creemos ver algo que pasa

con rauda velocidad, y nos acordamos de que nuestro guía habla de que por estos riscos viven las velocísimas gamuzas y los peludos osos... Pero la fantasmagoría negra de las sombras dura poco y sobreviene de improviso la luna. Su dulce resplandor ilumina la mitad más elevada de las montañas, y la dureza de los ángulos de los riscos y la ferocidad del paisaje se dulcifica.

La cueva que se adivina en medio de un altísimo peñasco no parece ya espelunca habitada por fieras, sino palacio donde moran driadas y fáunos. La mitología de las montañas puebla estos abismos con mil visiones graciosas ó bellas. El fresno cargado de hojarasca que crece en un borde del camino parece una nayade que está inclinada sobre el río, donde cae su sombra, como si quisiera recogerla para envolver en ella su pudor...

El coche se detiene.

Estamos en Gavas.

SEGUNDA JORNADA

Panticosa, Julio 15.

Aunque nos lo habían dicho no queríamos creerlo; pero en el hotel de Gavas, donde pernoctamos, pudimos convencernos de la exactitud de los informes. Teníamos que recorrer tres leguas en mulo. Lo deploraba por mi pobre personalidad y por la civilización, para quien era una derrota. Lo celebraba, porque de esta manera tendría ocasión de conocer al muletero, tipo franco-español que aparece en cien y cien operetas. Para los franceses, que escriben esas cosas, España es un país de *toreadores y muletiers*. Veamos—me dije—á estos representantes de España en la literatura francesa.

Al amanecer nos pusimos en pie. Habíamos pernoctado en un hotel que tenía algo de venta y mucho de posada. En su porta-

lón bullía la muchedumbre andariega, pastores y boyeros que conducen ahora sus ganados á estas cimas, mayorales y cocheros. Oíase el relincho de un caballo, una interjección muy viva del vocabulario de cuadras y pescantes. De la cochera eran sacados los *landeaux* en que habíamos de continuar el viaje, y pronto quedaron enganchados los troncos de bestias que debían conducirnos hasta el alto de Broussette. ¡En marcha!

Todo el camino estaba ocupado por rebaños de vacas de pequeño tamaño, alazanas, flacas. A través del polvo que flotaba en la atmósfera descubríase un bosque movible de cornamentas. Aquí y allá, como capitanes de aquel ejército rumiante, destacábase la gentil silueta de una mujer. El traje de estas pastorizas tiene un detalle característico y gracioso: llevan ajustada á la cabeza una blanca gorrita de la forma misma de las que usan los recién nacidos. La tal gorrita, coronando una gruesa cabeza, carnosa, líneas curvas bien modeladas, de

cabellos abundantes y peinados al desgaire, da á estas hijas del Pirineo un aspecto infantil y cándido. Parece que estos valles y estas colinas están pobladas por una raza de niñas grandes. Pero aconsejo á los touristas que no se fíen de las apariencias y recuerden lo que ha dicho Heine: la mujer más inculta, la que tiene por alfombra las mieses y por abanico la hoz, sabe de artes diabólico-amatorios tanto como madama de Maintenon.

En un recodo de la estrecha carretera vimos á lo lejos una silueta nacional. Vimos un hombre atlético, caballero en un macho, al que espoleaba con sus grandes zancas. Llevaba media azul, calzón ajustado de paño pardo y chaleco de pana, por cuyas mangas salian dos recios brazos; un cuello de toro le servía de digno chapitel á la gallarda cabeza, prisionera de las múltiples vueltas de un pañuelo de seda. Pronto emparejó nuestro coche con el caballero, que nos saludó en castellano. Era un muletero, vecino

de Sallent, que iba al alto de Broussette á organizar la diaria caravana de los viajeros que vienen á España.

Entonces me acordé del *muletier* de las operetas de Lecoq. El rudo aragonés no gasta los *favoris* rondeños que son de rigor en el falso tipo de las operetas, ni lleva en la cabeza el sombrerillo de terciopelo, agudo de copa y enroscado de ala, ni gasta la faja de seda de colores, ni asoman por entre los pliegues de ella los cabos de media docena de *cutós* (estilo académico).

El muletero del Pirineo es sencillamente un aragonés forzudo, francote, amable y leal, grande y duro, como hijo que es de estos riscos gigantescos, andarín incansable, pie de hierro para recorrer las sendas impracticables, pulmones de *cautchout* para trepar á estas cimas, frugal y sobrio, económico y trabajador.

El compatriota nos fué dando pormenores del país que aún nos quedaba que recorrer. Preguntamos por qué no había ca-

rretera hasta Sallent, y nos dijo que España estaba terminando la suya hasta la Muga, esto es, hasta la misma frontera, pero que Francia no quería prolongar la parte que á ella le corresponde.

—¿Por qué?

Y al contestarme, después de un *¡otra!* y varias interjecciones, me habló con un orgullo español, que en este territorio fronterizo me pareció digno de la epopeya, del temor á las invasiones, y recordó no sé qué guapezas hispanas de que habían sido teatro estos picachos allá cuando los franceses se retiraban de España.

Con estas conversaciones llegamos á Brousset, y allí descubrimos unos veinte mulos, mal albardados y no mejor de bridas, y una numerosa compañía de muleteros, ocupados, quien en cinchar á una bestia, quien en aviar los equipajes de otros viajeros que habían madrugado más que nosotros. Pronto estuvimos á caballo, y empezó la ascensión por un camino que parece malo á las gamuzas.

Apenas llevábamos andada una legua, aún dentro de la república francesa, pero cerca ya de la monarquía española, el panorama varió por completo. Dejamos atrás las montañas pobladas de arboleda, las fuentes rumorosas, los torrentes bramadores. El paisaje se hace árido, la tierra se desnuda de vegetación, no hay nieve en las cimas, no hay fuentes ni arroyos, no vuela un pájaro en los aires, no se ven insectos ni flores. Caminábamos por un enorme cementerio. Diríase que la tierra, no repuesta aún del susto que la produjo el cataclismo geológico, sigue estéril é infecunda, arisca para las caricias del sol, odiosa quintañona, inaccesible á la primavera porque es insensible al amor.

Pronto nos encontramos con una caravana que volvía de Panticosa. Eran diez viajeros; venían en fila, y su aspecto nos trajo á la memoria pasajes de las aventuras quijotescas. Pero no venían allí damas encantadas, ni magos encantadores, sino un cura alavés que sobre la silla se dislocaba tosiendo, una

obesa señora que llenaba las jamugas y abrumaba á su cabalgadura con el peso y el volumen, y unos cuantos tísicos, todos ángulos y pellejo, que maldecían del pésimo camino y se quejaban de sus dolores.

Un paso más y entrábamos en España. Entramos. El camino se había borrado. Caminábamos ya por las puntas de los riscos, ya por praderas encharcadas, ora bajando cuestas pendientísimas, ora subiendo, subiendo. Los mulos se agarraban á la pendiente con el filo de la herradura, lentos, pero seguros como la literatura del detractor del bacalao. A veces, el camino, que no era camino, abría una enorme sima para tragarnos. A veces las piedras rodaban bajo las pezuñas de la reata, despeñándose en una cascada de cantos rodados.

A un lado y á otro florecía la amarilla árnica en grandes ramos que ondulaban suavemente. Dios es tan sabio, que ha puesto el árnica donde ha puesto los tropezones.

En una hondonada vimos una casita. Es

el punto avanzado de los carabineros españoles. Viven allí unos cuantos, solitarios del marchamo, eremitas del Ministerio de Hacienda, en continuas penitencias para que suba la Renta. Sus únicas tertulias serán los osos que por aquí se crían, y cuando llega el invierno la nieve cae, las hondonadas se llenan de polvo blanco y todo el paisaje es una sábana tendida desde el cielo; ¡qué veladas las que pasen estos representantes del fisco, enterrados durante cuatro meses, sin recibir correo ni visitas, sin ver una sola persona, símbolo de la administracion patria, que pone guardas para impedir el contrabando de los osos y las gamuzas!

Las cimas se hacen cada vez más altas, los montes crecen, el Pirineo se encrespa, la aridez aumenta, la tristeza del paisaje se apodera del caminante.

¡Qué soledad tan grande! Vése únicamente alturas, hondonadas, simas, precipicios, todo enorme, todo pavoroso, todo seco y árido. La hierba se ha cansado de subir y ya

no tapiza el granito. El musgo oscuro llena de manchas algunos muros que parecen enfermos de horrible y asquerosa erupción. El liquen ceniciento imita en las desnudas crestas el mechón de canas que la calvicie respetó. Rododrendos y yedras aparecen aquí y allá manchando con su verde oscuro el tono gris de este desierto de piedra. Con gran verdad y con un exacto sentimiento de la naturaleza ha dicho un ilustre viajero que sobre estas simas las teorías geológicas se animan, los razonamientos de los libros resucitan la historia de las montañas, y el pasado desconocido aparece aún más grandioso que el presente. Se adivinan inmensidades de tiempo, las horrendas tempestades del fuego y del agua, cuando lo que hoy es granito fué materia fundida, y toda esta cadena de montañas surgió de una explosión y quedó petrificada en su oleaje, recordando eternamente el drama oscuro y misterioso de la geología.

En estos inmensos valles, al lado de estas

altísimas rocas, vamos caminando confundidos por nuestra pequeñez. Somos como una familia de hormigas trepando por los relieves de un muro del Monasterio del Escorial.

Una hora más de camino y llegamos á Sallent. El pueblo está en una hondonada. Rodéanle verdes praderas, cubre sus tejados con negras pizarras. Nos apeamos á la puerta de una fonda de la más humilde apariencia. El apetito, abierto de par en par, nos hace creer que la cocinera de Sallent es un *chef* sabedor de todos los secretos de Vatel y Careme.

Comemos y reanudamos el camino. Dos horas de carruaje ponen término á nuestra peregrinación. Llegamos á Panticosa.

¡Salve, oh ciudad de la tisis, remediadora de los excesos del trabajo y el amor, nido de la salud puesto por la Naturaleza entre montañas, déjame descansar y otro día te dedicaré mi atención humilde!

PANTICOSA.

Julio 29.

La tisis es uno de los progresos de la civilización. A medida que el hombre es más culto es más débil; cuantos más pensamientos hay en su cerebro menos energía existe en su sangre. La vida moderna necesita servidores muy activos, y acaba en unos cuantos años con la salud de los que trabajan y con la de los que gozan demasiado aprisa de su existencia. Panticosa se destaca en las alturas del Pirineo como una de las antiguas ermitas colocadas por la fe en un picacho, y adonde iban jadeando de cansancio y de ansiedad los que esperaban

algún milagro de la imagen allí venerada. Hoy la divinidad no tiene por manifestación una imagen, sino una fuente, y se va á Panticosa en busca de un milagro puramente científico que la química ha explicado y la medicina aprovecha.

Panticosa solo vive desde Mayo á Octubre. Después de este mes las nieves sepultan los edificios, borran los caminos, nivelan las desigualdades de la montaña. Todo es entonces nieve, un desierto blanco sobre el cual el sol luce frío como un astro sin calor. Diríase que el astro también está tísico y pide permiso á las nieves para llegar á la fuente salutífera. Los siete torrentes que ahora caen con estruendo detiénense y cesan en su rumor y en su movimiento, sorprendidos por el hielo, que los fija en un plano inclinado de cristal. La animación veraniega, el ir y venir de mil bañistas que ahora viven en Panticosa, las fondas pobladas de gente, las fuentes rodeadas de muchedumbre de bebedores del agua del *hígado*—borrachos y

sedientos de la salud que mana de aquella espita nikelada—todo desaparece. Nada queda para recordarlo. Allá en las cimas de nieve endurecida aparece de vez en cuando un rebaño de *sarrios* y sobre el cielo azul se destacarán las gentiles siluetas como un remate ideado por el artista para coronar aquellos ventisqueros y aquellas crestas de cristal. Un soplo del aire los asusta y la tropa de gamuzas desaparecerá, huyendo de sí mismas en carrera loca y frenética que tiene algo de despeñamiento.

El camino de Panticosa es casi inabordable. La carretera sube sin descansar dos leguas en una pendiente escarpadísima. A la izquierda se elevan las rocas, á la derecha baja el río Callesés despeñado en una caída casi vertical. Abajo, donde la pendiente se dulcifica, extiéndese el delicioso valle de Tena, mimo de las montañas, obra de la propia rudeza de ellas, jardín incomparable colocado en las vertientes del anfiteatro pirenáico, lleno de diversos y ricos cultivos,

ondulado por graciosas curvas, refrescado por infinitos hilillos de agua que lo fecundan, animado por la esquila de los ganados y el trabajo del hortelano, y que eleva sobre una de sus eminencias el pueblo de Panticosa. Al pasar junto á él esperamos que nos ofrezca el paso de sus calles. Pero apartado á la derecha del camino y afianzando á duras penas sus cimientos, muéstrase en egoista retraimiento, envidioso de aquellas altivas rocas que le han hecho célebre con sus manantiales.

El único edificio que avanza hacia el camino tiene un aspecto siniestro. Uno de sus muros presenta cuatro filas de agujeros simétricos. Algunos de ellos están cerrados por blancas piedras de mármol. Es el cementerio, donde yacen muchos de los que fueron á pedir á Panticosa el milagro de que les diese pulmones nuevos. La hierba tapiza los muros y el suelo. Es una hierba alta, oscura, ondulante. Cuando el viento la hace ondear, el susurro que produce tiene no sé qué fatídico son.

* * *

Realmente en Panticosa he visto pocos enfermos. Por cada rostro pálido y huesudo he encontrado cien saludables. Diríase que hay muchas personas á quienes agrada desempeñar en la sociedad el papel de enfermos crónicos, buscando así los halagos y mimos de sus amigos y parientes, y un viaje veraniego obligatorio á estas cimas donde no existe el verano.

¡El verano! Madrid sufre los 36 grados resignadamente, mientras aquí hace pocos días caía una fina nevada. El termómetro marcaba 7 grados al oscurecer. Parécenos que el año ha perdido una de sus estaciones, que el sol se ha cansado de caldear á la tierra, que Valencia es un ventisquero, en vez de ser como es un volcán de flores; que Córdoba ha visto secarse las naranjas de sus huertas. Sí: el verano ha desaparecido. La

nieve ha vencido al calor. No esperemos ya los frutos sazonados por el rescoldo que vierte el astro del día. Embocémonos en la capa. Pidamos á Rusia sus más recias pieles.

Pero no: en un periódico leo que en Cáceres han muerto dos jornaleros asfixiados por el calor. Esta noticia espantosa nos trae á la realidad. Desde estas cimas nevadas veo cómo el sol se pone y sus fríos rayos atraviesan la helada llovizna que cae hace dos horas. Donde estas montañas acaban, allí recobra el sol su imperio, y agitando el verano su cetro de ascuas incendia la atmósfera.

SAN SEBASTIÁN.

SAN SEBASTIÁN.

Agosto 7.

INDUDABLEMENTE, las dos poblaciones que en España han prosperado más de prisa han sido Barcelona y San Sebastián. Ayer era este un pueblo insignificante. Hoy es una bellísima población que parece construída para servir de demostración práctica de los sueños de un arquitecto. Los edificios viejos, las calles estrechas, los muros salitrosos y oscuros han quedado á un lado, y los palacios, los hoteles, las barriadas nuevas, las calles amplias y tiradas á cordel, se espacían delante del mar

en un área extensa y de bellísimas proporciones. De uno de aquellos pueblos monumentales de la Edad Media, calados en el encaje de lo gótico, severos, tristes, á San Sebastián, todo nuevo, flamante, luminoso, hay la misma diferencia que separa á un guerrero abrumado con el peso de las clásicas armas y una *pierrete* parisien envuelta en encajes y raso. Es seguro que dura más el prestigio artístico de la armadura conservada en el Museo y que el hierro labrado vive limpio y centelleante, mientras la polilla devora las otras galas. Pero la vida moderna es muy rápida y prefiere trabajar para el día efímero que nos ha tocado en suerte. A esta idea del *modernismo* obedece San Sebastián.

Paseando por el boulevard, después de permanecer media hora en la Concha, parécenos que estamos en la corte. Rostros, trajes, conversaciones, ridiculeces, beldades, todo es madrileño. Diríamos que San Sebastián es el barrio más bonito de Madrid.

Pero cuando nos dicen que todo cuanto en San Sebastián hay admirable, calles, edificios, hoteles, paseos es obra de pocos años y nos acordamos de que la capital de la nacion necesita dos lustros para echar abajo cuatro casas en la calle de Sevilla y lleva trazas de necesitar un siglo para emprender el ensanche, entonces volvemos á la realidad. No, San Sebastián nos parece pueblo de otra raza, gobernado por otros hombres, educado en una religión de trabajo, que eleva en su altar mayor al dios del progreso: la voluntad.

* * *

Es preciso decirlo, los madrileños no van á buscar en San Sebastián la vida del campo, sino una prolongación de la Carrera de San Jerónimo que desemboca en el mar; un café, como los de Madrid, desde cuyas ventanas se descubre el vaivén de las olas. No tienen los cortesanos el amor de los paseos á la

sombra de las frondosas alamedas, ni les agrada la soledad del paisaje.

Defecto, por otra parte, natural en quienes han nacido y viven en el páramo de la Pradera de San Isidro y solo pueden pasear, cuando les acomete el ansia de la *villegiature* entre fétidos muladares y cementerios horribles. Culpa, en fin, del pobre río que desciende del Guadarrama, apoyándose en los endebles puentes de los lavaderos y tiñéndose de palidez nauseabunda en las charcas llenas de jabón. ¿Cómo ha de amar el madrileño el campo si para él esta idea va unida á las perspectivas del Arroyo Abroñigal, á los desiertos de Migas Calientes y al eremo de Moratalaz? sale de aquellas horrendas planicies, y cuando viene á esta zona cantábrica le sorprende la belleza del campo, pero no puede gozar de ella porque toda belleza necesita una educación previa en quien la ve para ser comprendida. Beethoven aburre el primer día y encanta al segundo mes de ser oido. La Venus de Milo parece al ignorante

un pedazo de mármol pulimentado y prefiere una náyade de molde hecha en barro rojo por algún melenudo saboyano.

Hé aquí por qué la vida del madrileño en San Sebastián es generalmente la misma que en Madrid. Levantarse tarde, baño y almuerzo, café, siesta, paseo, comida, café y teatro. Conversación: la crisis y la corrida de toros en que matarán Lagartijo y Guerrita. Traje: terno claro, sombrero de paja, cayadito pastoril y zapatos de lona. Así, y con la ocupación principal del hombre en todos los climas y edades, el amor, se pasa la vida divinamente.

***

Un amigo mío, que ha viajado mucho, me decía que así como el gran talento social en quien reune en su casa á gente principal es desvanecerse, eclipsarse de modo que no se vea nunca el amo, de igual modo el talento de los pueblos hospitalarios es, cuando

llega la época de la invasión veraniega, eclipsarse y desvanecerse, de tal modo que nunca se vea la autoridad de los vecinos y los forasteros se crean dueños de todo. No hay, en efecto, nada más desagradable que la obsequiosidad del castellano viejo satirizado por Fígaro. Al abrumarnos con sus cumplidos nos recuerda que estamos comiendo en su casa porque él quiere; que el ave que devoramos está pagada por él, que el vino que bebemos le ha costado su dinero. Esta manera de hacer aborrecibles las amabilidades tiene su representación más exacta y la burla más merecida en el famoso paso de *Los zapatos*, en que un majo rico presta para su boda á otro majo pobre un par de chancletas magníficas, y cuando el novio está bailando no cesa de decirle: — «¡Baile V., hombre! ¡Baile V. sin cuidado; no tenga miedo de los zapatos, que no me importa que me los rompa!»

San Sebastián ha aprendido pronto este oficio de suprema cortesanía. Es difícil en-

contrar á la población eúskara entre el alubión de madrileños, y para los que inquieren las costumbres locales, deseosos de estudiarlas, es motivo de desesperación el escuchar en las calles en vez del zortzico la *canción de la lola*; en vez de oir hablar de partidos de pelota, asistir á la eterna conversación política de los cafés madrileños, y cuando quiere verse un pueblo cuyas cabezas cubre la boina liberal, encontrarse con los impertinentes sombreritos de paja.

¡Qué hermoso será San Sebastián cuando vivan en él los guipuzcoanos!

***

Los sábados por la noche y los domingos por la mañana llegan los franceses. De Bayona, de Biarritz, de San Juan de Luz, vienen muchos. Hasta de Burdeos y París acuden algunos. Traen sus enormes catalejos, sus sombreros con largos tules, y pre-

tenden llevarse algún recuerdo taurino, una banderilla, una divisa.

No falta quien desee que un torero le escriba una dedicatoria en el mango del harponcillo. Otros quieren á toda costa hablar con Mazzantini, y se espera á un *repporter* que *interoviene* á Lagartijo para luego enviar á algún periódico *boulevardier* la verdadera versión de si se corta ó no se corta la coleta.

Teófilo Gautier hace muchos años que puso de moda los toros en el *tourismo* francés. Idealizó las lidias taurinas haciendo creer á los parisienses que los espadas eran descendientes de linajudas estirpes, y que sus antepasados fueron los héroes de Granada. Por lo cual no resulta inverosímil el caso de aquel traductor que al Gran Capitán le llamaba *le Grand Epé*, tomándole por algún Frascuelo de los tiempos heróicos.

* * *

Agosto 14.

Siluetas castizas. — Colás y la Bastiana. — «Omega.» — «La Innominada.» — La tribu.

Ayer los ví á todos ellos tan flamantes como si les acabaran de hacer. El viaje desde Madrid no les ha arrebatado ninguna de sus excelsas cualidades. Son tres ejemplares de la fauna cortesana, y merece cada uno de ellos un libro.

A Colás no se le concibe sin la Bastiana. Sér esencialmente sociable, sólo se le puede encontrar en parejas. Viéndoles marchar por la Zurriola, á primera vista se descubre el nudoso bastón de caña y el puro de medio real que sobresalen de la persona de Colás, como el botalón de proa y la cangreja de un pailebote; y el pañuelo de seda, de chillones matices que cubre la peinada, ensortijada

cabeza de la Bastiana, reluciente de bandolina. Dos billetes de ida y vuelta, tercera clase, han traído de Madrid á esta interesante pareja. La calle de Toledo los ha enviado en su representación, y ellos, impulsados por la necesidad del veraneo, han emprendido el viaje dispuestos, no á admirar las cosas bonitas que vean, sino á burlarse de ellas, sean como fuesen. Para la Bastiana y Colás lo mejor del mundo es Madrid, lo mejor de Madrid el barrio de Embajadores, y lo mejor del barrio de Embajadores una taberna que hay frente á la calle de la Pingarrona.

¿Qué oficio tienen estos dos madrileños? Fuera preciso largo análisis, mucho tiempo y libertad de lenguaje ilimitada para describirlo y poderlo declarar. Hay quien osa afirma que la Bastiana tiene protectores numerosos que la regalan y la obsequian. Lo cierto es que algunas veces, yendo de paseo con Colás, suele encontrarse con algunos caballeros, viejos en su mayoría, que la saludan

con una sonrisa maliciosa; *lo cual*, como diría Colás, que este en tales momentos se adelanta un poco, para dejar más libre á su compañera, y la aguarda en la esquina inmediata hasta que ella ha ventilado el asunto pendiente con el caballero.

En cuanto á Colás no se le conoce otro oficio.

Es pequeño, rechoncho, tiene un peludo lunar en la barba, va afeitado, y constantemente tararea una petenera interrumpiendo el cantorreo para escupir, carraspear y fumar. Dice él que va á meterse á torero, y que está esperando que le crezca la coleta, pero nunca llega el momento, y aunque dada su profesión parezca imposible, tiene un miedo horrible á los cuernos.

En San Sebastián viven Colás y la Bastiana en el barrio viejo, allá cerca del puerto, en un cuartucho nauseabundo y estrecho, comen por las tabernas, se echan la siesta en un banco de la Zurriola y se pasan las horas en la Concha, cogiendo piedrecitas y caraco-

lillos. ¡Caracoles, y qué interesante idilio podría escribir un poeta naturalista con estos Dafnis y Cloe de los barrios bajos!

***

Ese mozo guapo, lujoso, bien mantenido, gordo, de negro bigote, de ojos zaínos, que lleva en la mano izquierda un solitario de 5.000 pesetas y un buen roten en la diestra, es el Sr. de Omega. Y le llamo así por no herir su delicadeza y ofenderle estampando su verdadero nombre. ¿Quién no le conoce en Madrid, cuyas calles pasea en elegante *charrette?* ¿Quién no le ha visto todas las corridas de toros ocupando una barrera? ¿Quién no sabe que un personaje principal le protege, ni quién ignora que el *Higadillos*, célebre torero, honra á Omega entregándole cada domingo el capote de paseo mientras él lidia? Es, en suma, sujeto de consideración el Sr. de Omega.

En San Sebastián vive espléndidamente: ocupa un buen gabinete en el hotel Ezcurra ó en el Inglés, y pasea en carruaje todas las tardes. Por la noche no suele vérsele, y el eclipse de este astro no deja de preocupar á los astrónomos.

Quien todo lo sabe habla de una mesa cubierta de tapete verde, de montones de oro y paquetes de billetes franceses y españoles, de naipes marcados, de un *bacarrat* muy fuerte, de hijos pródigos que se arruinan, de algún suicidio. ¿Pero quién es capaz de dar crédito á tanta calumnia? Unicamente puede asegurarse que Omega ha fundado varios Casinos en algunas poblaciones, aprovechando los días de fiestas públicas y las ferias que atraen forasteros.

Guardemos esta silueta hasta el día en que podamos clasificarla. Hoy, para evitar errores, escribiremos debajo de ella una línea no más: *Omega, griego y fundador.*

* * *

La Innominada.—Llámase Adela, ó Luisa, ó Sofía, ó usa motes más ó menos ingeniosos con que es conocida mejor que por su verdadera filiación. *Toilettes* llamativas, olor de *opoponax*, un abanico enorme, en cuya tela de cretona vuelan extraños pajarracos, rojizo cosmético en labios y mejillas, una risa ruidosa y constante, muchos amigos. Pasa delante del observador dejando una estela de perfume enérgico que no se confunde con ningún otro.

* * *

Acaban de llegar de algún lugarejo de Castilla ó Extremadura. Son nueve ó diez y van siempre juntos, formando una tribu. Uneles lazo de parentesco; son primos ó cu-

ñados ó algo semejante. Se llaman todos de tú; juntos emprendieron el viaje llenos de curiosidad y animados por la baratura de los billetes. Quieren vivir barato y todo les cuesta un sentido. Compran diariamente cuanto objeto inútil hay en las tiendas, y cuando regresen á su aldea tendrán que contar para toda su vida, y allá, andando los años, en el rastrojo heredado, soñarán con la Concha, y en la honrada monotonía del hogar propio con alguna Concha de carne y hueso á quien conocieron en el boulevard ó en la fonda.

* * *

Agosto 2.

En el «frontón». — Siluetas de «pelotaris».

Lo que es la fiesta de toros para un madrileño es un partido de pelota para un vascongado: una afición creciente reune en los *frontones* á todas las clases sociales y mano á

mano se disputan un partido el hijo de un linajudo señor de casa adornada con escudos y un humilde obrero. Desde las capitales de provincia hasta las aldeas, en todos los núcleos de población hay un *frontón* más ó menos antiguo donde jóvenes y viejos acuden á practicar este ejercicio que basta para conservar á la raza eúskara en el primitivo vigor de sus antepasados. La afición del vascongado por el juego de pelota no se amortigua con los viajes ni se extingue por la distancia. Buena prueba de ello es que la colonia española de Buenos Aires ha construído un magnífico trinquete y ha llevado á la capital del Plata á los mejores jugadores ó *pelotaris*. El año pasado contrató al famoso *Chiquito* de *Eibar* en la cantidad de 3.000 duros. Este año irá el ágil y simpático *pelotari* ganando 5.000.

Cuando ayer llegamos al *frontón* de San Sebastián estaba llena la gradería y ocupados por curiosos los pasillos. La área extensísima del juego llana y brillante como una lámina

de acero hallábase vacía y centelleaba el asfalto del pavimento bajo un sol espléndido. A la derecha de la elevada pared sobre la cual rebotan las pelotas, hay un gran cuadro en el que con números movibles se va haciendo conocer al público el estado de la lucha. Sobre este cuadro un cartelillo indica las condiciones de aquella. «A 50 tantos.—Azpeitia contra Rentería.» Porque es de notar que el orgullo de la localidad atiza los ánimos de la lucha, y excita á los apasionados de uno ú otro bando á apostar, mezclando el oro y los billetes de Banco en la contienda. El pueblo de nacimiento del más famoso de los jugadores da nombre á la batalla.

En cinco sillas colocadas en línea recta están los jueces del partido, y como el sol cae á plano se guarecen bajo quita soles y paraguas. Un extenso toldo protege al público contra la reverberación solar.

Muchedumbre de *corredores*—así se les llama—vocea las apuestas, ofrece primas sobre las del jugador cuyo triunfo se duda, y

toma nota en un libro de las cantidades cruzadas.

—¡Siete duros contra cinco á favor de Azpeitia!

—¡Diez duros contra siete!

—*¡Azpeitiarrenalde!*

Es un gritar ensordecedor; es un ruido que marea. Los corredores van, vienen, excitan á la apuesta, ofreciéndola en vascuence y en castellano. Uno de ellos tiene las piernas cortadas y anda sobre las rodillas: su voz domina á todas, y parece imponerse por la energía del órgano bucal. Sus manos manejan las monedas y los billetes como si fueran las de un pródigo.

Ya están los *pelotaris* en la plaza. Van vestidos de blanco: amplia camisa les cubre el pecho, y el pantalón de dril, zapatillas de cáñamo y la clásica boina completan el traje. Ajustan á su derecha el guante de mimbre y empieza el juego. Son cuatro los *pelotaris*: Baltasar, Mardura, el *Manco* y Melchor. El *Manco* tiene cortado el brazo derecho á cer-

cén, lo cual no le impide ser un jugador notable.

Su agilidad es pasmosa, la fuerza con que envía la pelota asombra. Se revuelve con rapidez inconcebible, recoge la pelota cuando va rasando el suelo y parece perdida, y con un ligero impulso la hace hendir los aires y subir como una bala disparada del ánima de un cañón. Es un *manco* que se diría que tiene veinte brazos. El público aplaude los lances notables de la disputa, las pelotas *intencionadas;* esto es, las que engañan al adversario y le obligan á perder un tanto, los grandes saques, los voleos de mérito. Y aquellos cuatro *pelotaris* corren, saltan, se reunen en un punto, se dispersan por toda la plaza, se agachan hasta doblarse como arco turquesco, brincan para alcanzar la bola de blanca baqueta que pasa sobre sus cabezas, todo con una rapidez, con una agilidad y con una precipitación que no excluye la calma, la confianza y el aplomo.

Suspenden la lucha para mudar de cami-

sas, porque las que llevan puestas están empapadas en sudor, y de nuevo se reanuda el partido. El *Manco* perdió, pero no es extraño, porque ayer jugó otro partido y estaba fatigadísimo.

No está aquí el rey de los *pelotari*, el *chiquito de Eibar*, que en su pueblo descansa de las pasadas fatigas. Es el *Lagartijo* de los frontones, el campeón respetado y temido, el héroe aclamado por todos los que tienen la afición á estas luchas de la fuerza y la agilidad. Dentro de tres días jugará en esta plaza. Le veremos.

*
* *

Agosto 5.

No es tal afición exclusiva de los españoles de aquellas provincias, sino que también domina con igual estusiasmo en la región vasca de la República vecina; esto es, en todos los Bajos Pirineos, desde San Juan

de Luz y Bayona hasta Oloron y Tarbes.

Trátase al fin de una raza que presenta idénticos caracteres típicos, que habla un idioma muy semejante y que tiene la misma adoración y la misma fe inquebrantable en la religión católica.

No hay diferencia alguna, pues, entre los vascos de Francia y los vascos de España; y examinando sus costumbres en lo que se refiere á esta afición á los partidos de pelota, puede convencerse el observador de la verdad de nuestro aserto. Unicamente se distingue la raza ultrapirenáica de la raza española en que esta asiste á los partidos con mayor animación y con más ruidosa alegría; signo al fin y al cabo propio de los mayores esplendores de nuestro cielo y de la mayor calidez del sol que nos alumbra.

Hoy es cuando se celebra un partido de pelota en que figuraban el famoso *Chiquito de Eibar*, y el no menos famoso *Manco de Villabona*.

Llenas estaban de bote en bote las grade-

rías del frontón, sobre las cuales corría un toldo de lienzo protegiendo á los espectadores contra el sol fundente que descendía desde el cielo.

El área del frontón, cabierta de negro asfalto, relucía como un mármol pulimentado y sobre él se destacaban las siluetas de los jugadores llamados *pelotaris* y que en amistoso grupo departían rodeados de algunos de sus admiradores y amigos.

Cuando dieron las once, hora señalada para que la partida comenzase, era imposible encontrar en las gradas hueco ni para un alfiler.

En alta voz se ofrecían unos á otros apuestas y en la parte donde la última grada acaba sobre el área del frontón pululaban un enjambre de *corredores* tomando nota de ellas cobrándolas, ofreciendo *prima* ó ventaja al que apueste en favor del *pelotari* en quien ménos se confia.

Los gritos, las vociferaciones, el ir y venir de aquellos hombres, las rápidas respues-

tas que reciben, las manos que se alargan para hacer pasar raudales de oro y billetes de los bolsillos de los espectadores á las carteras de los corredores, las animaciones del paseo en que está colocado el juego de pelota, el alegre ruido de los cascabeles de los carruajes, algún eco de música marcial que desde lejos trae el aire, todo forma un concertante hermosísimo y jocundo que no nos deja duda sobre si estamos en España y en una población excitada por fiestas magníficas y brillantes.

Hablábase al mismo tiempo en vascuence y en castellano. Los corredores primero emplean el idioma vasco dirigiéndose á los aficionados de pura raza, que son los más inteligentes y apasionados en la lucha; y luego, cuando han sacado de estos el partido posible, empiezan á vocear en castellano como solicitando la cooperación de los madrileños que por acaso se encuentren en el frontón, llevados más de la curiosidad que del entusiasmo por tales lides.

Por fin, ocupando sus lugares los jueces, cuatro antiguos aficionados que se sientan á lo largo del área en otras tantas calles, y protegidos del sol por sus quitasoles blancos, esperan allí para decidir los casos dudosos que puedan resultar en la lucha.

Ya está cerca de la pared el *Chiquito de Eibar*, lleva el traje característico de los juegos de pelotas; el pantalón de dril blanco, ancha camisa de hilo, la boina ajustada á la gentil cabeza, y en la mano derecha el guante de cuero y madera; ya ha despedido la pelota; vedla como choca contra la pared y sale por los aires en vertiginoso vuelo, describiendo graciosa línea parabólica.

Entonces sale corriendo del área el contrario de *Chiquito*, el *Manco de Villabona*. Cuando le veis no podéis menos de experimentar una sensación de asombro: aquel hombre no tiene más que un brazo, el izquierdo, y el derecho le ha sido cortado á cercén por cerca del hombro; y sin embargo, con aquel solo brazo el *Manco de Villa-*

bona recoge las pelotas y sabe defenderse de su adversario lo mismo que si estuviese completo y no le faltase tan esencial elemento de lucha.

Es imposible imaginar espectáculo en que más gala se haga de la ligereza y de la agilidad del hombre.

La velocísima carrera, las rápidas inflexiones de cintura, la vista ansiosa, la viveza de movimientos, el ir y venir rapidísimo de los dos jugadores desde la pared del frontón hasta el lejano límite en que termina su área, hacen creer por algunos momentos que aquellos dos hombres tienen pulmones de hierro, músculos de acero y dotada su vista de potencia maravillosa que les permite anticiparse á la caída de la pelota, adivinando el lugar en que va á rebotar.

A todo esto la animación del público crece y raya en delirio cuando el *Manco de Villabona*, que es un jugador habilísimo, hace un saque que obliga al *Chiquito de Eibar* á apurar sus recursos y tal vez no llega á de-

volver la pelota; suenan estrepitosos aplausos entre los partidarios del jugador manco, y viceversa, entre los amigos del *Chiquito* cuando hace uno de esos saques de suprema elegancia, en que con un ligerísimo esfuerzo, como si á él no le costase trabajo, arranca la pelota del suelo y la hace elevarse majestuosamente por los aires.

En el juego de este día fué vencido el *Chiquito de Eibar;* pero en realidad estos vencimientos no indican la superioridad del vencedor.

Es preciso una larga serie de luchas para que quede demostrado cuál es el mejor de los combatientes; de igual manera que en las corridas de toros no puede juzgarse en un día cuál de los diestros es más digno de aplausos.

Es necesario para tales luchas que el cuerpo se halle en un estado de idoneidad completo para que pueda desarrollar todo su vigor y toda su agilidad; y como los *partidos* tienen que concertarse y que anunciarse

de antemano, es muy fácil, y sucede con frecuencia, que el día en que se celebran coge á uno de los combatientes enfermo ó fatigado de otros *partidos* anteriores, y esto es lo que ha ocurrido con el *Chiquito de Eibar* en el día de que estoy hablando.

* * *

Uno de los rasgos característicos de estas luchas es que en ellas se une á las simpatías que despierta un *pelotari* afamado, el interés y la pasión de localidad. Así, por ejemplo, en el *partido* de que hablo no solo han luchado el *Chiquito* y el *Manco*, sino el pueblo de Eibar contra el pueblo de Villabona.

Acuden las gentes de ambos pueblos para presenciar la lucha; y con voces y con denuestos excitan ó amenazan al que en el frontón representa el honor de la aldea para que lo deje bien sentado, aumentándose así el entusiasmo de los espectadores.

Todos estos jugadores tienen generalmente un oficio del cual viven, unos son herreros, otros confeccionadores de alpargatas y algunos labradores.

En un principio, cuando empiezan ellos á darse á conocer y adquirir la experiencia de las luchas del frontón, apenas acaban los *partidos* vuelven á sus aperos de labranza ó á los instrumentos de su oficio; pero cuando ya adquieren renombre y los jugadores se los disputan para acudir á los frontones, entonces el oficio es abandonado, porque el juego les produce grandes ganancias. Ejemplo de ello son el *Chiquito de Eibar*, el *Manco de Villabona*, los dos hermanos Brau, Baltasar, Mardura y otros que no recuerdo, que van haciendo un capitalito muy decente merced á la afición de sus paisanos.

BILBAO.

ITINERARIO Y LLEGADA.

Agosto 22, 1886.

Esta población rebosa gente. La animación de sus calles es extraordinaria; en el café Suizo encontramos, no uno, sino cien amigos. Madrid, San Sebastián, Vitoria, Santander y hasta Biarritz y San Juan de Luz han enviado á sus más apasionados amateurs del toreo para ver las cuatro corridas que sin interrupción se dan en esta villa desde hoy.

Llegan los trenes llenos, el del Norte y el de Durango: un ferrocarril de los Tiroleses con máquinas de recreo y wagones de mu-

ñecos. Las diligencias de Santander, Zumárraga, Azpeitia, San Sebastián y Zarauz aparecen con su cupé rebosando viajeros y su berlina estallando á puras apreturas.

La ría Olaveaga parece ensancharse cuando llega un empaderado vapor que ha sido flotado por aficionados de la costa. La música del regimiento de Zamora toca la tanda de valses *Bien amados* en el Arenal, y la animación crece como si el arte con sus arpegios armónicos y la naturaleza con su frescura que exhala el mar y la sombra que se desprende de los plátanos del paseo ejercieran á la par influjo mágico sobre el corazón y el cerebro. Sin embargo, hay algo que domina este gran concertante de la alegría y el placer.

La ría del Olaveaga no cede en sus trabajos. El ir y venir de los vapores no se interrumpe; la animación de los muelles no cede á la del paseo; la armonía del trabajo supera á la del júbilo popular.

Hé aquí la fuerza de Bilbao. No cesa un

momento en su faena. Sus minas vomitan el hierro sin descanso; sus ferrocarriles mineros giran sin cesar sobre las vías; sus vapores horadan perpetuamente la ola amarga, rizando con espuma el abra, y no paran en esta labor gigantesca, que consiste en arrancar el hierro del corazón de España, como si se tuviera en esta villa de las libertades el rencor de las pasadas heridas y los defensores de sus glorias pugnaran por arrancar el hierro que con la sangre mana de sus heridas.

Tal es la leyenda del cíclope que habiendo recibido en su corazón dura flecha deja escapar por la herida, no la sangre sino el mismo hierro derretido en humor acuoso y rojizo, hasta disolver el dardo entre la carne que ha ofendido. Así ha vencido Bilbao en la guerra contra la inercia nacional.

En vez de cien *meetings* proteccionistas, ha celebrado todos los días la misa del trabajo en el altar de sus glorias históricas, y con el lema de ¡Dios! centelleando en letras de fuego en sus pabellones ha conseguido esta vic-

toria diaria que enriquece sus muelles y sus casas consignatarias y que honra su nombre en todos los puertos del mundo.

¡Viva! ¡viva Bilbao! Esta villa liberal y laboriosa que en la esclavitud del trabajo adquiere el derecho de la libertad, se gana con sus honrados afanes el derecho al renombre y la gloria que acompañan siempre á los que han vencido por sí mismos, á los que han ganado su reposo con sudor y que, como el generoso de que habla el clásico latino, pueden engrandecer sus ocios de un día con sus faenas de un siglo.

*
* *

Hace veinticuatro horas estábamos en San Sebastián. ¡Cómo hemos llegado á Bilbao! A través de un idilio. Verdad es que el idilio es demasiado largo. Es un idilio de doce horas al trote de tardos mulos y famélicos caballos; pero la lentitud esta compensada por la sublimidad.

¡Qué maravilla de vegetación en cada curva de la bien conservada carretera!

¡Qué tristezas de la memoria en cada ángulo del paisaje!

Puede decirse que el recuerdo de nuestras lamentables discordias civiles ponen en cada piedra del camino una cruz funeraria, en cada altura un fortín berroqueño desportillado por las balas, en cada muralla solar una cicatriz de cal y canto, producida por los proyectiles. Y la naturaleza, pacífica, suave, amorosa, tiende sobre las discordias de sus hijos un manto de cariño y olvido. El helecho de siete lenguas es mas patriota que el cabecilla, porque cubre de verde matiz lo que el otro ha manchado de rojo color.

Salimos de San Sebastián cuando todavía los cortesanos veraniegos permanecían entregados al sueño. La Concha dormía envuelta en el vapor cárdeno de las olas. El dulce oleaje susurraba, y el sol, tímido amante de la costa, no osaba presentarse todavía, oculto tras una gasa plateada que temblaba al viento.

Hé aquí en pocas líneas nuestro itinerario, para que sirva de guía sumaria á quien haga el viaje.

La vegetación toma con la luz crepuscular un matiz apagado y mate. En una curva de la carretera vemos á Lasarte, con sus casas esparcidas entre maizales; luego Zubieta, y más tarde el río Oria, que ensancha sus cauces para desembocar en el mar. Nieblas grises ruedan por las montañas, y de ellas cae una llovizna fresca y menuda.

Empezamos á escalar los montes de Usurbil, todos poblados de castaños, perales y manzanos. Entre la verde hojarasca se destacan los frutos pinchudos de aquel árbol y los puntos amarillos del fruto que da la sidra. Es una abundancia de manzanos que promete pródiga cosecha á los bebedores. Orio: la ría desemboca en el mar. Hermoso puente giratorio que se dobla para dejar paso á los barcos. La carretera se hace tan pendiente que es preciso enganchar una pareja de bueyes delante de las mulas; es una ascensión fa-

tigosa en curva constante, describiendo una espiral dantesca, cuyo eje es el pueblo de Orio, espiral de flores y verdura. Crecen espesamente el romero, el helecho, la argoma, las clemátidas silvestres y prolífica y multicolor estirpe de campánulas. Las especies arbóreas están representadas por el roble, el álamo y el fresno y los frutales. Se descubre en amplio llano el pueblo de Zarauz, y avanzando hacia el mar, en una osada posición, el castillo de Guetaria. La costa presenta recortes, ensenadas y ángulos de mucha profundidad.

El camino es una escarpadura sobre el valle de Zarauz, plano como una mesa de billar que colorean de diversos tonos desde el verde oscuro al pajizo los maizales.

Alto de Garatamendi. Todo él debía estar sembrado de cruces. ¡Cuánta sangre se ha derramado aquí! El mayoral nos dice que en una sendita pequeñita, preciosa, idílica, que va entre rosales y helechos del alto al valle, perecieron 84 soldados el día del tremendo

combate. ¡Oh crueldad de los hombres, que conviertes en caminos de tristezas las sendas que el mes de Mayo trazó para el amor, dibujándola con su dedo luminoso en los bosques!

Nos sale al paso el río Usola. Bordeamos enormes hondonadas llenas de helechos y argomas. La carretera es como un muro levantado sobre los floridos abismos. Allá abajo se cruzan carreteras y sendas; se ven ríos y pueblecitos, pedazos de mar á través de los ángulos de la costa.

Comida en Azpeitia.

Después entramos en el valle místico. El severo convento de San Ignacio de Loyola se destaca entre árboles. Más allá vemos otros dos conventos, el de Santa Cruz de Azcoitia, donde se refugian los hijos de casa rica, y después el de las monjas de Santa Clara.

Azcoitia: atravesamos una estrecha calle invadida por los alpargateros, que retiran sus trebejos para dejar paso al coche.

Puerto de Escarate: en el fondo del pai-

saje un anfiteatro de rocas desnudas en lo alto y vestidas de pomposa vegetación en la base.

Monte de Azcárate: cuesta que dura dos horas. Alto de Azcárate: magnífico observatorio; se descubre Azpeitia, Loyola, Deva, Motrico y Ondarroa en vista panorámica.

Vamos á pasar por Elgoibar, patria de Mazzantini, y por Eibar, cuna del *Chiquito*, famoso *pelotari*. Gran actividad, cientos de trabajadores terminando la línea férrea que irá desde Durango á Zumárraga. Trenes de balastro, volquetes, etc., etc. Salvamos el río Deva.

Elgoibar nos enseña su cementerio, cuya capilla monumental diseña con la ancha puerta ojival la mitra de un obispo.

Monte de Usurete: asombros de vegetación. La carretera lleva á la derecha el río Deva y á la izquierda la línea férrea en construcción. Más arriba va el camino viejo, ya olvidado entre cortinajes de arboleada, entretejido de lianas y madreselvas: descubri-

mos un puentecillo á lo Gustavo Doré, verdoso, tapizado de trepadoras. Casa solar de Jaureguitorrea.

Eibar: en todas sus casas se fabrican armas. Por las abiertas ventanas se ven bancos de herrero, bigornias, hornos, hombres trabajando con limas y se oye el áspero chirrido y el golpear de las labores del ferretero y el resoplido de los fuelles que alientan sobre el ascua rosada y flameante. Eibar lo hace todo de acero: sus armas y sus hombres; prueba de esto último, el *Chiquito* de Eibar.

Salimos de Guipúzcoa y entramos en Vizcaya. Olarriaga, Ermúa, á lo lejos el balneario de Zaldívar; más lejos las montañas de Urquiola. Fatigados de admirar tanta maravilla de paisaje, llegamos á Durango, donde el tren nos espera. Una hora después llegamos á Bilbao.

FIESTAS DE BILBAO.

Agosto 25, 1886.

TREINTA y seis horas de lluvia no interrumpida han quitado á las fiestas de Bilbao su animación proverbial. Sin embargo, se han celebrado ya dos de las cuatro corridas de toros y la elegante plaza de Vista-Alegre se ha llenado. El cielo cubierto de nubes, la atmósfera saturada de agua, los *aficionados* enfundados en sus británicos impermeables, las damas cubiertas con sus *watherprofs*, los paraguas abiertos en los tendidos y formando una especie de negra *testudo*, como la que hacían

los antiguos soldados romanos para acercarse á una fortaleza que dejaba caer sobre ellos piedra y flechas, no constituyen, preciso es decirlo, aquel aspecto propio de un circo taurino, que solo se concibe entre diluvios de luz solar que centellea en los trajes de los diestros.

El aspecto británico de la plaza se imponía al carácter andaluz y morisco de la fiesta, y como para llegar al Coso de Abando antes habíamos recorrido en un ómnibus de vapor la ría desde Portugalete, y habíamos pasado revista á aquella fila larga, activa y fumosa de vapores y á los muelles y atracaderos, y habíamos visto cien chimeneas de hierro y ladrillo exhalando el aliento de los hornos, y traímos aún en el oído el crugir de las cadenas de las grúas levantando pesos, y el áspero arrastre de los pedruscos de mineral cayendo en la sentina de un barco desde las altas plataformas en que acaban los ramales infinitos del ferrocarril de Triano, pensamos un momento si no habríamos sido

transportados á una población del Reino Unido, en el que un capricho propio de la originalidad de los ricos reproducía una fiesta meridional.

Cuando aparecieron las cuadrillas aún resultó la ilusión más completa, porque cerrando la brillante comparsa venían los tiros del arrastre, formados por seis caballos percherones con cada pezuña como la maza de Fraga y con unas ancas gigantescas.

La sustitución del alegre tiro de mulillas cargadas de banderolas y cascabeles me hizo pensar en que algún día en las plazas del porvenir habrá una pequeña locomóvil que haga el arrastre de los pencos destrozados y del toro muerto.

Otro detalle exótico me sorprendió. No abre la puerta del toril un hombre vestido de torero, sino un personaje extraño, ridículo é impropio del oficio que desempeña. Viste marsellés y pantalón largo de dril plomizo con mucho adorno de cintas y botones, y cubre su cabeza con un sombrero

curro del mismo color que el traje. Cuando el presidente da la orden de soltar la fiera, el personaje en cuestión se descubre, da una vuelta sobre los talones, como si estuviera atacado de vértigo, y abre el toril. A este sujeto le llaman *El Campana*, y ha heredado el oficio de un volatinero apodado *El Ruín*, que hace años daba las mismas volteretas con más gracia, según dicen los que le han visto.

A pesar de estas nuevas impresiones ajenas á lo habitual de las corridas, bien pronto nos pudimos convencer de que estábamos en España. La alegre impaciencia, el animado vocerío, los trajes de las damas destacándose, apenas pasó la lluvia, en sus colores claros y primaverales, nos lo dijeron. El palmoteo frenético, el iracundo silbar, el rápido paso desde la aprobación entusiasta á la censura despreciativa, la crítica constante y enérgica de los actos presidenciales, nos acabaron de convencer de que estábamos en una plaza española, y por cierto en una de las más hermosas de España.

Otra clase de fiestas ha habido aquí. Dos conciertos de Sarasate y Tragó.

El Rey del violín tiene en esta tierra, no sólo los aplausos que obtiene el artista, sino la adoración personal en que rivalizan hacia su persona San Sebastián, Bilbao, Vitoria y Pamplona. Bien la merece este mágico de los sonidos. El teatro Gayarre (otro nombre adorado en esta tierra) ha estado lleno, y los dos conciertos han sido dos solemnidades artísticas.

No se desdeña el *virtuoso* de hacer vibrar las cuerdas de su Stradivarius con los aires populares y las habaneras más conocidas. Después de un concierto de Beethoven toca la *iota*, y tras el *baile de las brujas* de Bazzini, un capricho vascongado, lleno de remembranzas de zortcicos y que destilaba el per-

fume de fe y amor que hay en el alma de esta privilegiada raza.

El violín de Sarasate es una de las glorias indiscutibles de nuestra patria. En él se idealiza todo. Sería capaz de hacer de *La canción de la Lola* una sinfonía de amor y del *Trágala* un himno de paz.

El pianista Sr. Tragó ha progresado mucho en poco tiempo, y hoy puede rivalizar con Rubinstein. Tocó la *Campanella*, de Listz, de un modo que no se nos olvidará nunca. Aquellos breves compases son como una oleada del viento aromoso de los bosques, un poema de amor inocente, una de esas victorias que más mérito tienen en el arte: hacer lo sencillo, sublime.

UN PASEO

POR LA VÍA DE OLAVEAGA.

Agosto 23, 1886.

Para el que vive en Madrid, población pobre de medios fabriles é industriales, es motivo de una de las impresiones más grandes y más lisongeras la que produce la villa de Bilbao con el esplendor de sus fundiciones de hierro, de sus minas pobladas de innumerable gentío y de su puerto animadísimo como pocos otros de Europa.

Bien se llegue á Bilbao por alguna de sus

bien conservadas carreteras, ya dando vuelta á los gigantescos peñascos de Monte Abanto y de San Pedro de Somorrostro, bien por el camino de San Sebastián, ya en el ferrocaril del Norte ó en el de vía estrecha de Durango, dos leguas antes de la población empieza á advertirse el movimiento minero. Avanzáis un poco más y entonces os encontráis ya en el núcleo de aquella vorágine industrial que llena la mitad de la provincia de Vizcaya de una fiebre de trabajo enriquecedora y gloriosa para España.

Millaradas de hombres trabajan sin cesar arrancando á la tierra los rojos pedruscos.

Los caminos, los árboles, los arroyos, las carretas de bueyes, las mujeres, los niños, los hombres, hasta el aire mismo presentan un color rojizo.

Diríase que tenéis ante los ojos dos cristales de este color y os dan la engañosa ilusión de un paisaje ensangrentado.

El género humano se tiñe del más encendido carmín, y no hay hilacha del traje, ni

pliegue del rostro que no esté impregnado del menudísimo polvillo rojo. Es una gigantesca obra de barro cocido en que un escultor colosal ha representado á maravilla las fatigas de un pueblo que vive consagrado al trabajo.

El color sangriento del paisaje podrá hacer acudir á vuestra mente en el primer instante ideas lúgubres y belicosas, y tal vez palpite en vuestra alma la elegía contra la guerra; pero no, la guerra constante, no interrumpida, laboriosa, llena de fatigas y glorias que aquí se sostiene, no es contra otros hombres, sino contra el principal enemigo de todos: contra la inercia, contra la pereza, contra el hambre, los tres demonios que han sobrevivido á la mortandad general de los ejércitos de Lucifer y que aún dominan y dominarán siempre sobre la humanidad consternada y descontenta.

Cuantos medios de locomoción ha inventado el hombre, otros tantos emplea Bilbao para conducir rápidamente el mineral que

ha arrancado á la tierra, á los hornos de fundición y á las sentinas de los barcos que han de llevárselo al extranjero.

Desde la antigua carreta de ruedas hechas con dos discos de madera, gemidoras y crugientes, lentas y pesadísimas, hasta el ferrocarril aéreo de cable sin fin que hace pasar sobre el paisaje á 20 metros de altura fila interminable de cubos llenos de mineral, todo se ha empleado y todo está en ejercicio, sin olvidar el ferrocarril del cual hay cuatro distintas vías.

Siguiendo cualquiera de ellas, pronto llegamos á la ría de Olaveaga.

El puerto de Bilbao y la ría de Olaveaga no tienen nada de bueno. El vaivén constante de las olas mueve sin cesar las arenas del Abra y forma enormes montículos en la boca de la ría. Esta es estrecha, sinuosa, llena de bajos y de arenales; pero parece como que Dios lo ha dispuesto de esta manera todo, á fin de que resulte más brillante el triunfo del trabajo del hombre.

La draga ha mordido las crestas de estos montículos de arena, y en un trabajo incesante de días, de semanas, de años, ha ido excavando, devorando y royendo los cáuces y arrojando fuera en alta mar las movedizas arenas y los sedimentos de lodo.

Hoy la barra está franca, la ría limpia; pero, no obstante esto, una numerosa y eficacísima flotilla de dragado trabaja día y noche, oponiendo al empuje de las olas que traen sin cesar arenas del mar á la ría, el trabajo del hombre que sin cesar también reconduce esas arenas de la ría al mar.

Tan grande era la afluencia de barcos de todos los países, especialmente ingleses, en busca de mineral, que á pesar de que los 20 kilómetros de ría estaban llenos de muelles erizados de grúas y de cabrias, no había sitio suficiente para el despacho de tanta nave.

Las horas del día resultaban cortas para aquella labor gigantesca.

Entonces fué cuando se ocurrió á los bilbainos la idea de establecer á todo lo largo

de la ría de Olaveaga luces eléctricas que permitiesen trabajar incesantemente de día y de noche.

Como Bilbao es el pueblo de las resoluciones rápidas y de las obras concluídas de prisa, el 15 de Octubre de 1883 se inauguraba el servicio de luz eléctrica en la mitad superior de la ría, en una longitud de 5.500 metros próximamente.

Treinta y dos grandes focos proyectaron desde entonces su luz, iluminando los muelles y las aguas con la misma viveza que la luz meridiana.

La mayor parte de estas luces están en la orilla izquierda, á lo largo del muelle de Portugalete, y el sostenimiento del personal y material del alumbrado cuesta al año 23.130 pesetas.

Merced á esta importante innovación los buques aprovechan las mareas de las noches para las entradas y salidas; de tal manera, que allí no hay descanso ni reposo. La ría de Olaveaga no duerme nunca.

Los altos hornos colocados en las orillas arrojan sin cesar el vaho inflamado de la combustión, y por sus poternas de desagüe cae constantemente el metal derretido en hirvientes arroyuelos.

Las grúas, los cables de arrastre, los puentes de embarque, funcionan hora tras hora; los ferrocarriles mineros arrastran sus largas filas de wagones cargados del mineral; los vapores ingleses llegan en filas y en bandadas, y aquellos 20 kilómetros de tierra española crugen, silban, se estremecen, palpitan, se inflaman con los resplandores de las enormes fraguas que iluminan con los de la luz eléctrica, formando un armonioso concierto del trabajo cuyo ritmo está escrito sin duda por el Divino Maestro en el pentágrama de las necesidades satisfechas, de las miserias vencidas y de las escaseces agotadas.

Los ferrocarriles mineros constituyen uno de los espectáculos más animados y curiosos de la ría de Olaveaga. Diremos algo de cada uno de ellos.

El que va desde Galdames á Sestao tiene 22 kilómetros de recorrido y arrastra diariamente por término medio 2.000 toneladas de mineral. En 1885 tuvo un arrastre de 650.000 toneladas. Se surte de 19 minas, y desde ellas al ferrocarril los medios de conducción son 4 planos inclinados, un cable sin fin, 90 vertederos é innumerables vías ordinarias en que el arrastre se hace por pequeños caballos tan vigorosos como sufridos.

El ferrocarril de la Diputación, que tiene el nombre de Triano, va desde Ortuella á la ría, recorriendo 8 kilómetros. Diariamente arrastra 4.180 toneladas.

En 1885, ó sea en el último año, arrastró 1.255.000 toneladas. Sirve á 15 minas que conducen hasta él el hierro en un tranvía aéreo, en cable sin fin, y planos inclinados.

El ferrocarril de la Sociedad Franco-belga recorre 6.700 metros; arrastra diariamente 1.600 toneladas y en el año último 466.042. Sirve á 10 minas por medio de dos planos inclinados y tres cadenas sin fin.

El ferrocarril de Luchana, llamado también de la Orconera, recorre 12 kilómetros. Arrastra diariamente 3.500 toneladas, y en el año de 1885 condujo en junto 1.038.308. Sirve á cinco minas, á las que está unido por los mismos medios que los otros ferrocarriles mineros.

Los ferrocarriles de Galdames, Orconera y Franco-belga son de vía estrecha y el de Triano de vía ancha. Los dos primeros pertenecen á una compañía inglesa.

Otro camino de hierro hay también en Triano. Su recorrido es de 3 kilómetros, y afluye á un plano inclinado, por medio del cual se une á la vía férrea de la Diputación.

Para recorrer la distancia que media desde la población de Bilbao hasta Santurce ó el Desierto, en cada uno de los puntales de la desembocadura hay dos tranvías de fuerza animal y ómnibus de vapor que salen de hora en hora.

Actualmente se está construyendo un

ferrocarril de vía estrecha por el lado de Portugalete, y se ha solicitado permiso para construir otro por el lado de Santurce.

El paso de la ría en uno de estos ómnibus de vapor es por todo extremo ameno y pintoresco.

Se va rozando sin cesar los costados de los grandes vapores mercantes que reciben desde los rails de las vías férreas su carga de hierro; se pasa por el muelle del Arenal y por el de Ripa que está enfrente; crece el movimiento mercantil cuando se da vista al muelle de Uribitarte, donde los vapores se disputan cabeceando el derecho de amarrar sus cadenas á los enormes anillos de hierro fijos en los pretiles y en los acantilados.

Descúbrese á la derecha el paseo del campo Volantin, lleno de gente á todas horas; después se toma la vuelta de *la Salve,* en que la ría hace una preciosa curva, y á derecha y á izquierda se divisan dos distintas construcciones de bien distinto carácter y de bien diversa construcción.

Hé ahí los tristes tapiales del cementerio británico; humilde y pobre, pero severo é imponente.

Enfrente se destaca un edificio orgulloso y magnífico: la Universidad católica, digna por su tamaño y por su grandeza de las antiguas universidades españolas, como la de Alcalá y la de Salamanca. Ha sido construída con los fondos de las asociaciones piadosas que gobierna la compañía de Jesús, y en breve estarán terminadas las obras de embellecimiento y adorno, y constituirá un gran centro de enseñanza en el que todo sería para nosotros plausible si no temiéramos que ha de contribuir á conservar á esta raza en el fanatismo de los antiguos ideales y en las supersticiones de una religión mal entendida.

Prolónganse las dos riberas de la ría en demanda de Deusto, y ambas márgenes aparecen pobladas de alegre y rico caserío.

La asombrosa vegetación rodea, en marcos de verdura, los tejaditos puntiagudos cubiertos de tejas vidriadas. Alternan los

hornos y las chimeneas de las fundiciones con quintas de recreo en que se rinde tributo al dios de la holganza y de los placeres idílicos.

Así como aquella gigantesca chimenea hecha de ladrillo inglés que tiene la grandeza de una columna griega, mas el prestigio que le da el haber sido horadada por el genio de las artes para servir de pulmón á unas entrañas candentes en que se digieren los minerales y se les derrite; así como esta chimenea parece decir al transeunte «yo no descanso nunca», la otra casita de persianas verdes, rodeada de lúpulos y emparrado, entre rubios maíces y verdes grupos de castaños, parece decir: «Aquí se descansa siempre».

Y estos dos detalles pintan el carácter de Bilbao, donde se trabaja y se goza juntamente, uniendo las labores con los placeres.

EL PAÍS DEL PLOMO.

NOTICIAS Y ANTECEDENTES.

Linares, Abril 12.

Después de llegar á Vadollano se ve que no es el vado tan llano como parece, porque hay que esperar en aquella estación y á la intemperie muy cerca de dos horas, hasta qne se forma el tren-correo mixto de Linares, que me trajo á esta población á las nueve y media de la mañana. Pero de aquella prueba de paciencia que dí esperando en Vadollano, me indemnicé sin más que asomarme á la ventanilla del wagón cuando nos acercábamos á Linares. El aspecto sonriente y ani-

mado de aquella zona campestre, es de aquellos que merecen, para ser pintados, un pincel ducho en mezclar á las soledades idílicas de un paisaje verde los indicios de vida humana, blancas casitas esparcidas por entre los olivares y los trigos, ciclópeas chimeneas y grandes edificios industriales repartidos por todo el panorama. A la izquierda se agrupa en anfiteatro el caserío de Linares, en el que se mezclan á las antiguas viviendas, de bajo tejado y escasa ventanería, solemnes y pomposas moradas que acreditan que por aquí anda el trabajo industrial muy despierto y que la Providencia bendice sus obras.

Antes de pasar adelante, he de manifestar que he venido á Linares invitado, como otros colegas, para asistir á la inauguración de la fábrica de planchas, tubos y municiones del Sr. D. Tomás Sopwith, opulento y activo industrial británico, poseedor de algunas de las mejores minas del distrito, entre otras la que, adjunta á la fábrica, se

titula *La Tortilla*, y rinde los mejores y más abundantes minerales.

* * *

El distrito minero de Linares tiene una extensión de 15 kilómetros de largo por 10 de ancho, sin contar la zona de La Carolina, separada por una faja de tierra improductiva del verdadero núcleo de la minería galenífera.

En este distrito se hallan Linares, Bailén (que ha demostrado que, no solo sabe producir plomo, sino emplearlo en servicio de la patria), Baños, Guarroman y Santa Elena. No es un halago de mi amor á España ni de mi simpatía á estos mineros, sino resumen de verdaderos datos estadísticos, el decir que la zona minera de todo el mundo que produce más plomo es Linares, 70.000 toneladas da todos los años. El planeta entrega al hombre cada año 400.000 toneladas

de plomo, de las cuales 100.000 las dan los Estados-Unidos; España, 120.000; Inglaterra 45.000; Alemania, 95.000.

La producción minera de Linares representa más de la sexta parte de la de todo el mundo, la quinta parte de la de Europa y la mitad de la de España. Siendo de advertir que el pueblo de Linares da 40.000 toneladas, y el resto entre los demás pueblos circunvecinos de que antes he hablado.

No es, pues, vana metáfora, ni impropia denominación la que he usado llamando á esta tierra *el país del plomo*. ¡Dios mío! ¡Cuántas guerras, cuántos desastres han salido de las entrañas de estas rocas, matizadas de las puntas brillantes de la galena, en la forma de proyectiles! Pero el curso elegiaco de mis ideas se detuvo cuando iba á prorrumpir en un alarde de sentimentalismo... Me he acordado de las mil utilidades que presta á la industria, al arte y hasta á la medicina el metal modesto, blando, dócil á los dedos del artífice, de baratísima fabrica-

ción, uno de los pocos metales que sirven al pobre y se ven en la casa del jornalero... Y ahora, ahora mismo acaba de ocurrirme otra idea que me reconcilia completamente con el plomo... Me he acordado de los soldaditos de plomo de los niños.

* * *

Antes de entrar de lleno en lo descriptivo he de consignar otros datos. Si el lector no gusta de números puede pasar al párrafo siguiente.

La industria minera del plomo está en baja desde 1875. En aquel año se pagaba en Londres la tonelada á 23 libras esterlinas. Hoy se paga á 10 libras y media. Tan enorme baja ha producido crisis, paralización de trabajos, disminución considerable del vecindario, que emigra en busca de pan. La baja líquida en estos últimos diez años asciende á 88 millones de reales anuales, sin contar la

ruina de las industrias auxiliares de la explotación minera. Linares contaba en 1875 con 50.000 habitantes. Hoy solo tiene 30.000.

No obstante tan rápida decadencia, el movimiento de minerales y carbón de piedra necesario á la obtención del plomo da á la Compañía de ferrocarriles de Madrid á Zaragoza y Alicante una suma anual de 15 millones de reales.

Los capitales invertidos en la explotación minera en este distrito son incalculables por lo que se refiere á los mineros españoles, porque generalmente la explotación de un registro ha empezado con unos cuantos miles de reales reunidos entre un par de pobres obreros, y que luego han llegado á dar una renta de dos millones de reales, cuando sobre aquella modesta base se han acumulado intereses y trabajo. Los ingleses que aquí explotan las mejores minas emplean en ellas 50 millones de reales.

El número de registros de minas abiertos es el de 800. Los motores de vapor en acti-

vidad hoy son 130, que desarrollan una fuerza de 10.000 caballos.

A la penuria del tráfico del plomo se han añadido las dificultades que ofrecen las tarifas desiguales y absurdas de los ferrocarriles, los impuestos y gravámenes del fisco. En Linares se oye una queja constante. La palabra «crisis» se ha hecho popular. La pronuncian hasta los chicos á la puerta de la escuela, y suena mezclándose al pintoresco vocabulario de los vendedores de fruta en el mercado.

Separado por largas distancias de los puertos, abrumado por la baja y los gravámenes, el pueblo minero de Linares resiste con ánimo el paso de los tiempos difíciles, esperando con confianza la resurrección del dios que le hizo ayer rico y feliz: el Plomo.

BAJO LA TIERRA.

Pozos de la Tortilla, Abril 13.

El hermoso día convidaba á pasear. Previsora hospitalidad nos había adelantado en el deseo, y apenas le acabábamos de expresar, cuando en la puerta de nuestro hospedaje piafaban los caballos. Obra fué de un segundo el alejarnos de Linares, dejando á la derecha su Plaza de Toros y á la izquierda el grupo mayor de caserío. Las huertas que rodean el pueblo le dan un aspecto sonriente. A lo lejos se descubren los primeros edificios de la industria minera, y rodeándolos, olivares y plantíos

bien cultivados. Confúndese lo minero con lo agrícola, y el sembrado de trigo llega hasta las tapias mismas de la fábrica de fundición. En medio de un olivar se ve un malacate, en cuyo torno se enrosca el cable metálico que saca del pozo de la mina los cubos llenos de mineral. Por todas partes se descubren signos de la industria del país: chimeneas, cabrias, malacates, ruedas de trasmisión, cables de alambre tendidos entre los olivos y sobre los sembrados montones de piedra de que ya se ha obtenido el mineral. En los 10 kilómetros que forman el horizonte visible se descubre una sucesión no interrumpida de artefactos mineros, casas, almacenes. A diferencia de otros países metalúrgicos, de un aspecto tan erial é improductivo, que se diría que la tierra ha agotado todas sus fuerzas en la decantación lenta de los metales que ha ido depositando gota á gota en los estratos del cuarzo y el granito, aquí mientras el seno del planeta engendra plomo, la superficie engendra flores. Abajo

arde el horno eterno de los gnomos; arriba hierve la primaveral generación de huertas y jardines. Vulcano atiza sus fraguas, mientras Flora y Pomona disponen sus cestos de frutas y sus ramos aromosos.

La meseta de los pinos divide en dos vertientes el panorama. Al lado de acá se ve á Linares, floreciente con sus huertas, con sus chumberas, con sus olivos, con sus plantíos de cebada y trigo, que tienden anchas alfombras verdes entre las manchas bronceadas de los olivares y los blancos montones de piedras de las minas. Estas dibujan en el horizonte, sobre el fondo, azul del cielo, montículos puntiagudos, coronados por un torno de extracción parado, cuyos cables y cadenas se oxidan y cubren de herrumbre, en la triste pereza de una industria arruinada.

Al lado de allá de la meseta de los pinos parece como que la potencia vegetativa ha retrocedido ante el trabajo del minero. En la rápida pendiente del terreno descúbrense fábricas y artefactos, pozos de minas y ca-

minos, casitas blancas y perspectivas de nuevas minas y de más fábricas.

De trecho en trecho halla el observador grandes boquetes, que fueron de las minas explotadas por los romanos, y que yacen en abandono desde largos siglos. Tanto artefacto inactivo, tanta obra detenida, tanta mina silenciosa, hablan al ánimo con palabras de dolor y tristeza. Descúbrense las amarguras de cien industriales paralizados en el momento más febril de su empeño por una crisis que se ha impuesto con la pesada é inapelable ley de la oferta y la demanda. Un criadero de plomo descubierto en Alemania, un gran yacimiento de arenas plumbíferas hallado en América, han abaratado el plomo, Linares ha sido arrancado bruscamente, por tan rápida baja, de un sueño de trabajo y riqueza en que vivía desde veinte años antes.

Después de este sentimiento elegiaco, vuelve á apoderarse del ánimo la curiosidad que inspira el contraste del arado que hiere

la tierra y la chimenea que envía su humareda al cielo. Y al mismo tiempo que en el paisaje, se advierte en el vecindario tan vivo y original conjunto. En los caminos hallamos bien un grupo de arrieros del país con sus recuas, bien un minero de exótico aspecto. Ya tropezamos en un recodo de la senda con un terrateniente que viene de su predio cabalgando en pacífica jumenta, ya con un *capitan* (ó capataz) de una mina, que, sobre robusto caballo, ofrece al aficionado á observaciones pintorescas los rasgos de la familia inglesa, la seria apostura, el rubio semblante, la corpulencia y la serenidad. En los saludos que se dirigen las personas que se hallan en las amenas sendas de aquel vergel del plomo y las olivas, se mezclan el «A la paz de Dios» con el *God evening*. Porque conviene recordar que la mayor parte de las minas están dirigidas por 150 ingleses, completando la colonia extranjera 30 alemanes y 20 franceses. La influencia exótica ha llegado al idioma, á los trajes y hasta al santuario último y

más sagrado de las costumbres: hasta á la cocina. Ya se mezclan en cualquier mesa bien servida de Linares la lengua y las habas cocidas con los vinos de Santa Cruz de Mudela y de Montilla.

Aquí y allá cruzan la senda los rails de un ferrocarril minero, por el que pasan frecuentemente vagonetas cargadas de mineral y arrastradas por dos mulas. Un mozuelo, sentado sobre los pedruscos que llenan el carricoche, guía las bestias, entonando cantares andaluces, y en un recodo del camino se pierde aquella visión de la actividad inglesa, sobre la que suena la langorosa música del país, á la manera como la poesía se cierne sobre la riqueza.

Los 800 registros de minas que agujerean la corteza terrestre en todo el término, han sido bautizados por pintorescos nombres. Abundan entre ellos, los de santos. Hay una mina que se llana «La Copela» y otra «La Venganza;» «La Fe Buena» está no lejos de «Espartero;» «La Gitana» y «La Cabra»

recuerdan á «Nuestra Señora de París;» «La revolución» y «La Ley» traen á la memoria, con sus pedruscos brillantes, páginas mil de la historia humana. Hay un registro titulado «El Buitre» y otro titulado «La Perdiz» y distribuídos por la amplia zona minera se hallan «El Descuido» y «¿Quién tal pensara?» «La Virgen» y «El Santo Rostro,» «Santa Isabel II,» «Lord Derby,» etc. La titulación es caprichosa y pintoresca. A veces se ha buscado en el título un epigrama, á veces el amparo de un nombre simpático, ya un amuleto santo contra la ruina, ya una celestial recomendación que guíe los picos de los obreros con acierto á través del misterioso camino de las rocas.

***

Acompañado por el Sr. Sopwith fuí á visitar su mina «La Tortilla,» inmediata á la fábrica que mañana se inaugura. El director

de la mina Mr. Guillermo Charlton, y otro de los inteligentes jefes de la explotación, me invitaron á bajar á uno de los pozos, el que ahora es objeto de preferente trabajo y del que se saca mucho mineral. No dudé un momento. El abismo atrae, y un abismo donde no espera la muerte, sino agasajos, atrae mucho más. Fué preciso que trocara mi traje por el uniforme del minero, y bien pronto me encontré vestido de blanco lienzo y cubierta mi cabeza con un sombrero de resistente copa para evitar los golpes contra el techo de las galerías. Un verdadero disfraz. Mientras iba echándome encima aquellas prendas, hablábanme de no sé qué misteriosa prueba á que tenía que someterme, como todos los que por vez primera bajan á una mina. Este anuncio y á la vista del pozo, oscuro, de fondo desconocido, me causó un poquito de miedo; pero ya no era decoroso renunciar á un plan aceptado. Puse mis piés y mis manos en la escala de hierro y empezé á descender en la sombra.

Pendiente de un ojal de mi chaqueta llevaba una lámpara de minero. Bajo mis piés y en la misma escala en que yo me sustentaba iba Mr. Charlton, el director de la mina, y sobre mi cabeza el *captain* de los exploradores y barreneros Mr. Tonkin. Las escalas de hierro nos condujeron hasta la quinta planta, á 100 metros del nivel del suelo. Apenas hubimos descendido un tramo de escalera dejamos de oir el ruido ensordecedor de la industria y dejamos de ver el sol vibrante de Andalucía. Subían del negro pozo bocanadas de aire húmedo y caliente y sentíamos á nuestro lado el rozar del cable metálico que saca desde 270 metros de profundidad la galena recién arrancada, en enorme cubetón de hierro, y la succión poderosa de la tubería de desagüe, en la que una máquina de vapor de 250 caballos de fuerza hace el vacío incesantemente, sin descansar desde hace veinte años.

Las luces de nuestras lámparas, oscilando en el estrecho tubo de piedra en que nos ha-

llábamos, arrojaban á las salientes rápidas fulguraciones que hacían bailar en la sombra nuestras siluetas. A veces oíamos el ruido de la caída de agua y un chorro frío nos bautizaba de improviso. De trecho en trecho advertíamos en nuestro descenso grandes oquedades y principios de túneles que son calicatas abandonadas por el minero, que en la noche eterna de aquel abismo busca á tientas, con la barra y la lámpara, el fulgor del plomo entre la roca. Oyense de cuando en cuando lejanas detonaciones de los barrenos de dinamita, que conmueven las capas de aire y estremecen la mina. Vive en aquellas oscuridades un pueblo de dinamiteros, que duermen tranquilos sobre cien cartuchos explosibles, y ayudados por esta deidad infernal van hiriendo las entrañas del globo. Otra detonación, otra después. Mr. Tonkin, que es irlandés, me dice:

—No tenga V. cuidado; aunque manejo la dinamita y soy irlandés, no soy feniano.

A medida que se desciende se va perdien-

do algo de la noción de la realidad. Hemos entrado en la mansión de los gnomos. ¿A cuántas leguas de nosotros están los pájaros que pían en las huertas de Linares, el pintoresco y movible mosáico de la vegetación, coloreado por la luz de un cielo primaveral? Parece que acudimos á presenciar algo solemne y espantoso, y se duda que aquello que para nosotros reviste caracteres tan extraordinarios constituya la vida cotidiana de 7.000 hombres. La falta de luz aumenta la realidad de las distancias, y el abismo se agranda bajo nosotros dando á la sencilla operación de la bajada de una escala las proporciones de una acción de que depende la vida.

Hemos llegado á 100 metros de profundidad. El Sr. Charlton me invita á continuar bajando, pero yo doy por suficiente la prueba de animosidad, y prefiero avanzar por la galería que se ofrece ante nuestros pasos, como un túnel de ferrocarril que tuviese la mitad de altura y anchura de aquellos. Avanzamos. Candiles colgados en la roca

de trecho en trecho forman el alumbrado de esta ciudad subterránea. La altura del techo y la naturaleza del piso varían. A veces es preciso bajar la cabeza, arrastrarse, trepar sobre montones de rocas partidas por el barreno. A veces nos hundimos en agua hasta las rodillas y tenemos que vencer la corriente, que brota de mil fuentes ignoradas y va hasta donde la llama la poderosa aspiración de la máquina de desagüe.

En los muros serpea la veta metálica que, herida por la claridad débil de los candiles, fulgura un momento y se sume después en la sombra, corriendo sobre el granito fugaces relámpagos de luz plateada. Ya descubrimos entre la cuarcita y el carbonato de cal redondos y anchos depósitos de galena, que son como bolsas formadas allí el día de la cristalización de los metales; ya irregulares capas del mineral, que esmaltan y artesonan la bóveda, cual si los gnomos, en sus juegos fantásticos, hubieran arrojado al techo puñados de plomo fundido, que, al enfriar-

se en la roca, la recubren de un brillo tembloroso, como el que produciría la agitación de millares de microscópicos espejitos.

El minero ha seguido, al trazar con el barreno y el pico estas calles subterráneas, al guía de la veta metálica, y allí donde esta se ensancha ha centuplicado sus energías, ha prodigado la dinamita, ensanchando las paredes, levantando las techumbres, convirtiendo la angosta vía, que parece senda de alimaña, en amplia caverna que recuerda los sueños históricos de una tribu de trogloditas.

Así recorrimos kilómetro y medio, llegando al fondo de la galería, que los mineros perforan incesantemente. Había allí un centenar de hombres, unos de ellos preparando un barreno, otros disponiendo los cartuchos de dinamita, cuya sola vista en aquellos profundidades me daba horror; los demás cargaban vagonetas de mineral y las empujaban hasta uno de los pozos.

Entonces se efectuó la ceremonia de imponerme el óleo de la minería, con unos

granos del mineral y con un poco de aceite, hizo uno de los mineros un amasijo, con el que me tiznó la frente y las mejillas.

—Ya puede V. ir á todas las minas inglesas—me dijo el minero—y será V. respetado.

—Muchas gracias. No tengo afición.

En efecto: deseaba salir cuanto antes á la luz, y una hora después me daba el sol en los ojos, y me hallaba en lo más alto de un torno, rodeado del hermoso paisaje linarés.

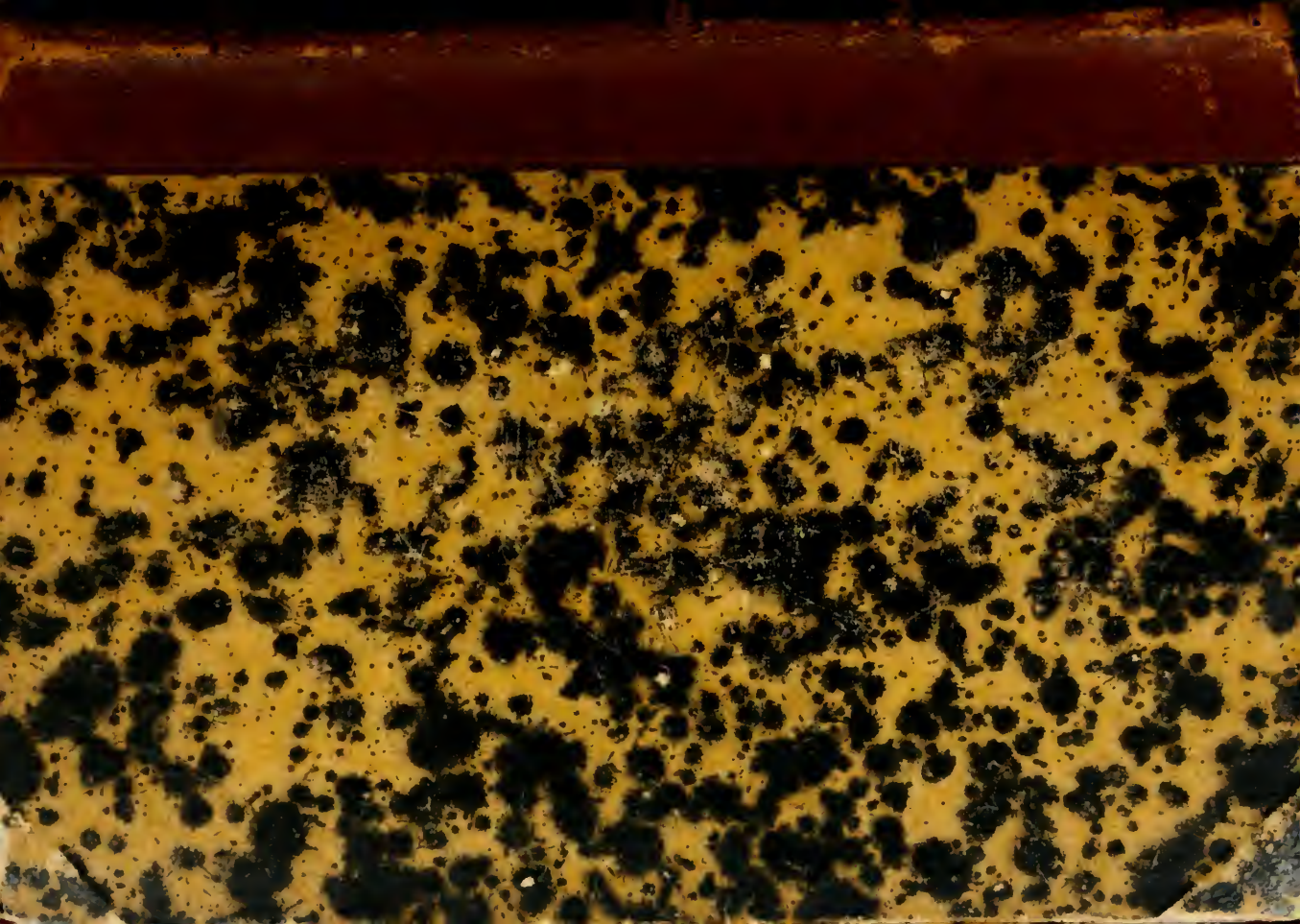
Por allí andaba un fotógrafo, y antes de que nos hubiéramos enterado, había trasladado al cristal nuestras personas, que chorreando agua, tiznadas del plomo, sudorosas, más que la eterna remembranza de una fotografía demandaban un baño. Nos le dieron también, y entre olas de jabón, como Venus entre olas de espuma, resucitamos á nuestra vida de cronistas y viajeros.

FIN.

ÍNDICE.

	Páginas.
Vigo	1
En marcha	3
Una romería	13
Sinfonía pastoral	27
Las danzas alegóricas	41
Zig-zag por la ría	53
Miño	67
Los mendigos del mar	77
Cabo Silleiro	85
Un galeón que va y un vapor que vuelve.	95
En los Pirineos	105
En cualquier pueblo de los Bajos Pirineos	107
De Laruns á Panticosa	115
Panticosa	135
San Sebastián	141
San Sebastián	143
Bilbao	171

Páginas.

Itinerario y llegada..... 173
Fiestas de Bilbao..... 183
Un paseo por la vía de Olaveaga..... 189
El país del plomo..... 201
Noticias y antecedentes..... 203
Bajo la tierra..... 211

DP 41 .07 1887 SMC
Ortega Munilla, Jose,
Mares y montanas